

# trampantojos y embelecos

4 NOVIEMBRE, 2018

## Sobre el dinero (I)

### Los mitos de la ortodoxia: el dinero-lubricante

*“Hay que preguntarse si la economía pura es una ciencia o si es “alguna otra cosa”, aunque trabaje con un método que, en cuanto método, tiene su rigor científico. La teología muestra que existen actividades de este género. También la teología parte de una serie de hipótesis y luego construye sobre ellas todo un macizo edificio doctrinal sólidamente coherente y rigurosamente deducido. Pero, ¿es con eso la teología una ciencia?”*

Antonio Gramsci

No debiera resultar difícil concitar acuerdo unánime acerca de la consideración del dinero como el elemento más importante de la vida social. En su extraordinario [fresco](#) del mundo económico precapitalista, el reputado maestro de la escuela de los Annales, Fernand Braudel, recoge la lapidaria sentencia de Scipion de Gramont: “El dinero, decían los siete sabios de Grecia, es la sangre y el alma de los hombres y aquél que no lo tiene es un muerto que camina entre los vivos”. Similar dramatismo desprende la famosa cita [marxiana](#): «El dinero, en cuanto tiene la propiedad de comprarlo todo, de apropiarse de todos los objetos, es, pues, el *objeto por excelencia*. Es la alcahueta entre la necesidad y el objeto, entre la vida humana y su medio de subsistencia”.

En el tiempo transcurrido desde tan descarnadas afirmaciones, el ‘vil metal’ ha penetrado, en una escala sin precedentes, en todos los aspectos de la reproducción social. No deja por tanto de resultar pasmosa, como señala la economista postkeynesiana Ann Pettifor, autora del [best seller](#) ‘La producción del dinero’, la ignorancia entre los usuarios del ‘poderoso caballero’ acerca del papel neurálgico que juega en los engranajes de la maquinaria económica que determinan sus propias condiciones de vida: “Una de las constataciones más impactantes de la última fase de la evolución del capitalismo es la total incompreensión de la naturaleza del dinero en nuestras sociedades”.

Diríase pues que no hemos avanzado mucho en el conocimiento común sobre la materia pecuniaria desde la irónica reflexión de un arbitrista francés del siglo XVII, recogida por el historiador marxista, experto en historia monetaria, Pierre [Vilar](#): “Como la justicia, la moneda es una necesidad de todos; tiene que inspirar confianza a todos; posee el mismo valor en el bolsillo del pobre que en el del rico; la única diferencia está en la cantidad (*sic*)”. Hasta ahí todos estaríamos sin duda de acuerdo. ¿Pero qué ocurre cuando escarbamos un poco más allá del conocimiento trivial sobre ‘el objeto por excelencia’? Un páramo de confusión y falsos mitos se extiende ante nosotros. En ninguna época ha sido mayor el contraste entre la relevancia del dinero en la financiarizada vida cotidiana y la incompreensión de los mecanismos de su creación y de las funciones que desempeña en las calderas de la sala de máquinas del capitalismo neoliberal. Tratándose de un elemento tan relevante para una ciudadanía endeudada y bancarizada hasta las cejas –el 96% de la población tiene algún tipo de producto bancario– un mayor conocimiento sobre el particular parecería sin duda más

apropiado. La cosa empeora aún más cuando se constata que la ofuscación y las falsedades acerca de la cuestión monetaria campan por sus respetos entre el respetable. Según los resultados de una encuesta promovida por el [Cobden Centre](#), organización británica en pos del dinero “honesto” y el progreso social, alrededor del 61% del público sostiene la idea de que los bancos son simples intermediarios que canalizan el ahorro hacia los esforzados emprendedores y una proporción similar cree que el dinero lo crea el Estado o un banco público –la poderosa metáfora de la impresora de billetes-. Nada más lejos, en ambos casos, de la realidad. ¿Cómo explicar pues que un asunto que concierne, de forma perentoria, a la totalidad de la población concite asimismo tales niveles de confusiónismo? ¿A qué achacar el grueso velo de misterio y mistificación que cae sobre lo que es una imperiosa ‘necesidad de todos’? Quizás la confidencia del magnate criptofascista Henry Ford no anduviera tan desencaminada: “Si la gente entendiese cómo funciona nuestro sistema financiero, creo que habría una revolución antes de mañana”. Pettifor avanza una hipótesis similar acerca de tan sorprendente fenómeno: “esta incompreensión se deriva de los esfuerzos deliberados del sector financiero para oscurecer sus actividades con el objetivo de mantener su omnipotencia”. ¡Bum! ¿El elemento esencial de la vida económica queda totalmente excluido del debate público y alejado del escrutinio de sus propios usuarios para preservar los turbios privilegios del sistema financiero global? No se trata obviamente de una tesis peregrina pero, ¿podemos contentarnos con una hipótesis de clara estirpe conspiratoria? ¿Habrá alguna causa más profunda que explique el apagón generalizado en el conocimiento ciudadano acerca de las formidables implicaciones del hecho monetario?

El asombro que produce el fenómeno –en una sociedad sojuzgada, para más *in rri*, por la dependencia de las finanzas que, a través de la “deuda a [muerte](#)”, condicionan las decisiones claves de consumo e inversión de familias y empresas- se reduce enormemente al indagar en la visión canónica sobre el funcionamiento de la banca y la naturaleza y las funciones del dinero que puebla todos los textos académicos de la teoría económica ortodoxa. El éxito abrumador del empeño de oscurantismo monetario sería pues imposible sin la activa complicidad de la disciplina –reforzada con sus potentes altavoces político-mediáticos- cuya función principal sería precisamente iluminar los intrincados engranajes que acciona la maquinaria financiera en las economías modernas. Valgan, como botón de muestra de la manera en la que se atizan los mitos populares sobre la creación de dinero, las siguientes declaraciones de Milton [Friedman](#), el pope del monetarismo, la doctrina en boga en la profesión, en las tribunas mediáticas y –aunque ahora se considere de buen tono renegar sonoramente de sus rígidos y crueles preceptos- en los altos despachos de los banqueros centrales: «La función mayor de la Reserva Federal es determinar el suministro de dinero. Tiene poder para aumentar o disminuir el suministro de dinero de todos los modos que ella escoge». El hecho de que actualmente el 97% del circulante en las economías desarrolladas sea dinero-deuda «fabricado» por la banca privada ilustra la magnitud de la falacia cometida –sin duda con pleno conocimiento de causa- por el *alma mater* de los Chicago boys, el economista más influyente del último medio siglo. El heterodoxo John Kenneth [Galbraith](#), autor de un ameno texto divulgativo sobre la historia del ‘poderoso caballero’, resalta el trasfondo del cambalache: «El estudio del tema del dinero, por encima de otros campos económicos, es el tema en el cual la complejidad se utiliza para disfrazar la verdad o para evadirla, en vez de revelarla».

¿En qué consiste la grosera deformación del funcionamiento del sistema financiero y la naturaleza del dinero perpetrada por el paradigma teórico que la curia de la iglesia neoclásica disemina por todos los foros y plataformas mediáticas sobre la ignara ciudadanía? La respuesta no puede dejar de producir perplejidad: para la escuela [marginalista](#)-neoclásica –y

para su descendiente bastardo, el monetarismo friedmaniano- el dinero y la deuda son cuestiones accesorias, innecesarias en la descripción del sistema económico, en la asignación de los recursos productivos y en el funcionamiento de los mercados de bienes y servicios. Aunque pueda resultar increíble para un profano, como refiere el economista Jordi [Llanos](#), “el dinero y el sistema financiero carecen de importancia para el paradigma dominante, que sólo se preocupa por describir de forma trivial sus funciones en la circulación”. Así pues, para la ortodoxia, ‘el dinero no importa’ en la determinación de las variables económicas básicas. Se trata de un elemento exógeno y neutral, sin influencia en los aspectos reales, como la producción y el empleo, y totalmente ignorado en los sofisticados modelos que describen los sacrosantos equilibrios en los mercados y la determinación de los precios relativos. El economista británico John [Stuart Mill](#), más conocido por sus teorías político-morales que por el rigor de sus análisis económicos, resume elocuentemente la posición oficial: “En resumen, no puede haber una cosa intrínsecamente más insignificante (sic) en la economía de la sociedad que el dinero: un artilugio para ahorrar tiempo y trabajo. Es una máquina para hacer rápida y cómodamente lo que se haría, aunque de manera menos rápida y cómoda, sin ella”. No resulta pues extraño que, tratándose de algo tan ‘insignificante’, no se considere necesario profundizar en el conocimiento de su papel en la vida económica y pueda desaparecer alegremente del debate público y del conocimiento común.

No siempre ha sido así. El dinero –y con él, el otro “elefante en la habitación” de la ortodoxia neoclásica: la generación del [excedente](#) y el origen del beneficio empresarial- ha sido un elemento significativo en el análisis económico a lo largo de la historia: Petty, Quesnay, Ricardo, Marx, Schumpeter, Fisher y Keynes, entre otros, han considerado el dinero como un engranaje fundamental en el funcionamiento del motor económico del circuito monetario de producción que es el capitalismo. El lema ‘el dinero importa’ –opuesto a la insignificancia del numerario para la ortodoxia- en el funcionamiento de la sala de máquinas del sistema podría ser un mínimo común denominador de las posiciones heterodoxas postkeynesianas y marxistas –e incluso en algún ilustre representante del *mainstream* como Knut [Wicksell](#)-. Que una afirmación de este tenor, considerada una obviedad por cualquier lego en la materia, sea la marca de la heterodoxia en teoría económica, frente al axioma de la “neutralidad” postulado por el credo neoclásico, da una idea del nivel de enajenación alcanzado por la teoría dominante. Las investigaciones acerca de la naturaleza del dinero y la riqueza provocaron en todas las épocas ríos de tinta y violentas polémicas. La contundente cita de [Aristóteles](#) – base de su clásica distinción entre economía y crematística- sirve de marco para las discusiones escolásticas sobre el fenómeno monetario: “El tipo más odiado, y con mayor razón, es la usura, que extrae provecho del dinero mismo, y no de su objeto natural. Pues el dinero se creó para emplearse en intercambios, y no para crecer con intereses –el dinero no engendra dinero-”. Tomás de Mercado y el resto de los [arbitristas](#) españoles del siglo XVI, obsesionados con la investigación acerca de la relación entre la llegada masiva de metales preciosos americanos y los infaustos ‘males de España’; los clásicos de la filosofía moderna –Hume, Locke o William Petty-, con sus disquisiciones en torno a la teoría cuantitativa y la relación entre la abundancia de circulante y la malhadada inflación, o las interminables disquisiciones teológicas sobre la usura y la prohibición del interés, inseparables del desarrollo de la [banca moderna](#) en los albores de la reforma protestante, muestran palmariamente que las reflexiones acerca del fenómeno monetario y sus interrelaciones con la producción, la riqueza de las naciones y los niveles de precios dominan los albores de la economía política. Pierre Vilar ilustra con una anécdota la virulencia de las disputas monetarias: en la novela picaresca “*El diablo cojuelo*” se describe a un «arbitrista», tan absorto en su obsesión por la inflación

galopante en la que se ahoga la España del siglo de Oro, que se ha vaciado un ojo con su pluma pero sigue escribiendo sin haberlo notado.

Todavía en una fecha tan tardía como 1658, un siglo después de que se aceptara el cargo del ignominioso interés como algo legalmente aprobado y socialmente aceptado, se declara oficialmente en los calvinistas Países Bajos que “las prácticas financieras sólo estarán sujetas al poder civil”. Como ironizaba, según relata Vilar, el Primer Ministro británico Gladstone, en medio del fragor de los debates sobre la política monetaria en los albores de la revolución industrial inglesa: “En un debate parlamentario sobre las [Bank-Acts](#) de Sir Robert Peel, introducidas en 1844 y 1845, Gladstone hacía notar que la especulación sobre la esencia del dinero había hecho perder la cabeza a más personas que el amor”.

El bello símil, con el que define el papel del dinero en la economía moderna el historiador francés -uno de los fundadores de la escuela de los [Annales](#)- Marc Bloch, nos sirve de somero resumen de las múltiples aristas del fenómeno monetario: “se trataría de algo así como un [sismógrafo](#) que, no contento con indicar los terremotos, algunas veces los provocase». Magnífica síntesis.

### **Inflación: la coartada perfecta**

*«La inflación es una enfermedad, una peligrosa y a veces fatal enfermedad que, si no es controlada a tiempo, puede destrozar una sociedad»*

Milton Friedman

¿Cómo se ha llegado, precisamente cuando el dinero -junto con su “madrastra”, la deuda- se ha convertido, en una economía financiarizada en una escala sin precedentes, en el *primum mobile* de la vida económica, a la formidable deformación de su neurálgica función llevada a cabo por los usurpadores de la ‘ciencia lúgubre’ de los clásicos?

La fenomenal maniobra de ocultación tiene su origen en el relato mítico primigenio, omnipresente en los manuales de cabecera de la corriente dominante, que constituye la visión canónica sobre la evolución económica de nuestra laboriosa especie: la ‘natural’ propensión al intercambio y a la división del trabajo del *homo oeconomicus*, hilos conductores del desarrollo del comercio y de la producción de mercancías para la satisfacción de las insaciables necesidades humanas. En los albores del capitalismo industrial británico, el fundador de la economía política moderna, el escocés Adam [Smith](#), sienta las bases de la fábula destinada a la entronización del capitalismo como el destino ineludible de la evolución natural de las sociedades primitivas: “el ser humano tiene una inclinación natural a intercambiar”. En esta mitológica configuración socio-histórica, construida anacrónicamente a imagen y semejanza del sujeto económico funcional al capitalismo naciente, se inserta como anillo al dedo la concepción del dinero-mercancía-medio de cambio, que funge como mero agilizador de las transacciones (como “vehículo para transportar el valor de las cosas”, decía el economista clásico, John Bapstiste Say, autor de la homónima [ley](#) que fue objeto del despiadado ataque de Marx y Keynes). Se “degrada” pues el dinero a la condición de “velo”, cuyo fulgor no hace sino ocultar los mecanismos reales que determinan las magnitudes económicas -precios relativos y cantidades de equilibrio en los beatíficos mercados- y la «equitativa» distribución de la renta entre los afanosos participantes en el libre juego de la oferta y la demanda. La fábula del origen del dinero como medio de superación del “trueque”, tan funcional a la idílica descripción del capitalismo como un sistema de producción e intercambio de bienes y servicios progresivamente perfeccionado y autorregulado -la ‘mano invisible’ de Smith- para la satisfacción de necesidades a través de la división del trabajo fue definitivamente entronizada en el panteón marginalista tras la mutación radical de la disciplina acaecida en la década de 1870. Carl Menger, fundador de la rama austriaca del

marginalismo, que desembocará en los delirios libertarios de la poderosísima secta de Mont [Pelerin](#) de Hayek y Friedman -falsa heterodoxia que, bajo un manto de radicalismo e iconoclastia, comparte los postulados básicos de los apologistas del capital-, resume el dogma hegemónico en un famoso [panfleto](#): “El dinero no ha sido generado por la ley. En sus orígenes es una institución social y no estatal ligada al intercambio”. De hecho, esta teoría deduce la existencia de un primitivo mundo idílico –las famosas ‘[robinsonadas](#)’, objeto de la mofa implacable de Marx- en el que surge la ‘propensión natural’ al intercambio sólo a partir de consideraciones lógicas y abstractas, sin considerar en ningún momento la información proporcionada por el registro histórico y arqueológico. La conclusión de Menger tiene un intenso regusto a ‘petición de principio’: “Por eso los seres humanos, con creciente conocimiento de sus intereses, sin convención ni compulsión legal, ni consideración por los intereses generales, empezaron a intercambiar sus mercancías por los bienes más vendibles. Por lo tanto, el dinero es el resultado espontáneo, no premeditado, de esfuerzos individuales de los miembros de la sociedad”. Es lo que expresa, en una actualización del mito marginalista al paradigma neoclásico actual, la famosa [sentencia](#) de Samuelson y Nordhaus: «el dinero no se busca por sí mismo, sino por las cosas que se pueden comprar con él».

¿Y qué decir del papel del Estado, omnipresente desde los tiempos babilónicos, con sus perentorias exigencias fiscales en numerario, causa recurrente de revueltas sociales a lo largo de la historia? ¿O de los prestamistas de todas las épocas, con su permanente tráfico de títulos de crédito y múltiples signos monetarios y unidades de cuenta para el registro y el pago de las deudas? Silencio sepulcral. Alfred [Marshall](#), gran valedor de la ortodoxia a finales del siglo XIX –su canónico manual, con mínimas modificaciones, sigue siendo la base del catecismo inculcado en todas las facultades de economía- popularizó definitivamente el símil del dinero-lubricante que resume la postura oficial sobre el ‘poderoso caballero’: “Puede, pues, compararse al aceite necesario para que una máquina funcione fácilmente. Una máquina no puede funcionar a menos que se engrase, de lo que un novicio pudiera inferir que cuanto más aceite se ponga mejor funcionará, pero, en realidad, si se pone más aceite del necesario la máquina quedará obstruida”. Esta música celestial, propalada machaconamente desde todas las tribunas mediáticas y presente en todos los manuales con los que se lava el cerebro a los cachorros de economistas, es la principal responsable del velo de misterio e ignorancia popular que cubre todas las cuestiones relacionadas con el ‘objeto por excelencia’. El análisis de la naturaleza del dinero y la deuda y su interrelación con la progresiva financiarización del sistema de la mercancía corrió el mismo destino que el estudio del origen de la ganancia del capital, condenado al ostracismo junto con la teoría objetiva del valor trabajo, pilar de la economía política clásica desde Adam Smith. En la idílica nebulosa de los equilibrios de los modelos neoclásicos, la “impureza monetaria” fue extirpada –en el canónico modelo de equilibrio general de [Walras](#), el numerario representa únicamente la vara de medir que permite la comparación de precios y cantidades de equilibrio- en aras de la perfección de la modelización matemática característica de la economía vulgar –así descrita por Marx por su empeño en borrar cualquier referencia a la teoría clásica del valor y la distribución de la renta que pudiera contaminar de contenido social la aséptica fábula marginalista-. Como concluye el economista poskeynesiano Steve [Keen](#) en su notable obra “La economía desenmascarada”, una demoledora crítica de los fundamentos de la ortodoxia, esta “ligera omisión” pone a la economía neoclásica fuera de la realidad: “si estás construyendo un modelo sin dinero, no estás modelizando el capitalismo”. Esteban Cruz [Hidalgo](#), uno de los mayores adalides de la teoría monetaria moderna, en cuyo seno recalcan en la actualidad los más conspicuos reformistas monetarios, refleja la omnipresencia de la doctrina dominante: “Esta postura constituye la visión predominante sobre el dinero en los manuales de macroeconomía, los

cuales mantienen con profusión el legado histórico y artificial del dinero-mercancía y del patrón oro, lo que entendemos es un fatal malentendido para la comprensión de la importancia del dinero para la producción, y por tanto, para el empleo.” No se trata, sin embargo, de un ‘fatal’ malentendido. Tal deformación de un elemento esencial del funcionamiento del modo de producción capitalista no es en absoluto absurda ni inocente, sino que tiene unas implicaciones políticas e históricas de enorme calado.

El antropólogo británico David Graeber, autor de un monumental estudio histórico sobre el dinero, ‘[En deuda](#)’, donde defiende la tesis del origen y evolución de los usos del dinero principalmente como unidad de cuenta para el pago de obligaciones e impuestos, describe, con suma perspicacia, las nada inocentes implicaciones políticas del mito del dinero-lubricante: “Es esta concepción la que nos permite continuar hablando sobre el dinero como si fuera un recurso limitado como la bauxita o el petróleo, para decir simplemente ‘no hay suficiente dinero’ para financiar programas sociales y para hablar de la inmoralidad de la deuda gubernamental o del gasto público”. La obra de Graeber -y de los economistas de la teoría monetaria moderna como Randall [Wray](#)- apunta, en las antípodas del relato canónico, a un origen estatal del dinero, refrendado por un apabullante aparato probatorio basado en el registro histórico-antropológico. La relevancia del dinero metálico-mercancía, en comparación con cualquier signo monetario aceptado por la comunidad como reflejo de las obligaciones contraídas, queda pues enormemente reducida: el mercado primitivo no sería un espacio para el trueque ni el núcleo central de las relaciones económicas, como postula la ‘música celestial’ marginalista-neoclásica, sino un lugar para la obtención de los medios de pago de las deudas contraídas con el Estado y entre particulares.

Ahí reside el quid de la cuestión: el relato mitológico no se sustenta por sí mismo sino por su papel legitimador de la política del capital y de su función encubridora de la auténtica naturaleza del dinero y de la deuda en la fase actual del capitalismo neoliberal. El hecho pasmoso es que la doctrina dominante pone sólo el acento en el control del déficit y la deuda públicos, en su ardoroso afán por prevenir la ominosa inflación, ignorando olímpicamente el papel crucial de la enorme pirámide de deuda privada en la gestación de las burbujas de activos causantes, sin ir más lejos, del colapso de la última década. Pero las fábulas incorporadas al acervo popular mantienen su poder persuasivo más allá de la refutación racional. Cualquiera puede aceptar, y así se ha inculcado en el inconsciente colectivo como algo a todas luces evidente, que si el dinero es el lubricante de los intercambios, al echar demasiado, cuál si de una biela se tratara, “la máquina quedará obstruida”. En el [capítulo](#) titulado ‘¿Cómo curar la inflación?’ de su exitosa, y profundamente manipuladora, serie televisiva “Libre para elegir” el apóstol de la ortodoxia monetarista Milton Friedman se recrea –apareciendo repetidas veces con la impresora que fabrica los dólares en la cámara acorazada de la Reserva Federal- en la idea del dinero como stock, que se vuelca irresponsablemente a la circulación por el gobierno despilfarrador provocando inflación –‘el peor de los males’- y miseria rampantes. Existe pues un hilo conductor entre el mito ortodoxo del dinero-lubricante y las políticas del austericidio neoliberal. Las pertinaces patrañas acerca de la ‘consolidación fiscal’ y la acuciante necesidad de reducción del déficit, esgrimiendo el espantajo de la inflación como ‘herramienta disciplinaria’, encajan a la perfección con las leyendas inoculadas en la «sabiduría» popular. Al relacionar el dinero únicamente con ‘la circulación’ –sosteniendo, contra toda evidencia, la irrelevancia e inocuidad de la deuda privada en la generación de actividad económica, al considerar a los bancos como meros intermediarios que canalizan el ahorro hacia la inversión-, resulta evidente que si se vierte demasiado al cauce de los intercambios, no hay otra cosa que el caudaloso flujo pueda hacer salvo desbordarse. ¿No resulta un razonamiento de una lógica aplastante? ¿Cómo negar el

irresistible atractivo del sano sentido común de la identificación del Estado con una familia que ha de apretarse dolorosamente el cinturón después de los excesos cometidos? Recordemos que la sacrosanta estabilidad de precios sigue siendo el ‘target’ primordial de toda la banca central actual –con el integrista [BCE](#) en posición destacada- y la coartada omnipresente para estigmatizar las políticas redistributivas de estirpe keynesiana. El economista Marco Antonio [Moreno](#) resume el punto esencial del trampantojo inflacionario: «El control de la inflación ha sido la trampa del modelo económico vigente. Y, como muestra de ello, basta revisar los datos de la distribución del ingreso en todos los países que han seguido la norma: en todos se ha ampliado la brecha entre ricos y pobres, con la omnipresente coartada del cuidado de los precios». El deletéreo pero irresistible influjo de tales planteamientos recuerda a las palabras de Keynes sobre la descarnada aspereza de la ‘ciencia [lúgubre](#)’ de Ricardo y Malthus, dos de los padres de la economía clásica: “Que sus conclusiones aplicadas a la realidad sean austeras y desagradables le confiere una virtud moral. Que presente muchas injusticias sociales y otras crueldades evidentes la justifica como el inevitable tributo a pagar para proseguir en la marcha hacia el progreso. Que provea ciertas justificaciones a la actividad del capitalismo individual le permite obtener el apoyo de las fuerzas sociales dominantes agrupadas en apoyo de dicha autoridad”.

Evitemos pues, como destaca [Clarke](#), caer en la trampa de entrar en una discusión científica honesta de los fundamentos de la fábula monetarista pues ello sólo supondría “atribuir muchísima coherencia y poder a teorías que sirven más para legitimar que para guiar la práctica política. Las ideas del monetarismo son importantes pero su importancia es ideológica, proporcionando coherencia y dirección a las fuerzas políticas que poseen raíces más profundas».

Legitimar la política del capital en la fase neoliberal y esconder bajo siete llaves la función real de las finanzas en la sala de máquinas del sistema deviene pues la agenda oculta tras el mito del dinero-lubricante y su correlato político neoliberal-monetarista basado en el ataque al Estado del bienestar a través del espantajo inflacionario. Un somero recorrido por el desarrollo histórico del sistema financiero moderno, mostrando su progresiva adaptación a las necesidades de rentabilidad del capitalismo crecientemente financiarizado, mostrará la enorme utilidad del relato hegemónico en pos de camuflar los dos motores que propulsan actualmente la acuciante búsqueda de la rentabilidad del sistema de la mercancía: la creciente explotación del trabajo y el uso del poder colosal que proporciona el control privado de la generación de dinero-deuda como matrices de la, crecientemente degenerativa, pugna por la reproducción del sistema.

9 DICIEMBRE, 2018

## Sobre el dinero (II)

### **Dinero-capital: la encarnación del poder social**

*“El dinero es el punto de partida y el punto de cierre de todo proceso de valorización”*

Carlos Marx

*“Siempre es el dinero-crédito el que pone en marcha el proceso de producción, que consiste en tener dinero para producir mercancías con cuya venta obtener más dinero: el dinero es el Principio y el Fin, el Alfa y el Omega, el Paraíso y el Apocalipsis de la producción capitalista”*

Joaquín Arriola

“Llegan el oro y la plata de América y todo cambia en Europa”

E.J. Hamilton

“La deuda global alcanzó en el primer trimestre de 2018 la friolera de 247 billones de dólares, situando el ratio de apalancamiento con respecto al PIB mundial – omitiendo la banca en la sombra y el castillo de naipes de derivados y demás productos financieros “creativos”- en el 318%, según los últimos datos dados a conocer por el Instituto Internacional de Finanzas”

Entre estas dos noticias median cinco siglos y una completa metamorfosis en la naturaleza y las funciones del dinero y la deuda, desde los balbucesos de una economía monetaria hartamente limitada hasta llegar a impregnar el último resquicio del metabolismo social. La compleja interacción entre las colosales transformaciones de las relaciones de producción y distribución desencadenadas por el surgimiento del capitalismo y el desarrollo paralelo del hecho monetario, como soporte y potenciador de tales procesos, condiciona decisivamente la evolución económica de los últimos dos siglos.

La metáfora del marxista austriaco Rudolf [Hilferding](#), autor del texto clásico ‘El capital financiero’, desvela la absoluta entronización del dinero, reinando sobre el caos del régimen privado de producción de mercancías: “en ausencia de cualquier organización social coordinadora, el dinero funciona como la ‘inteligencia colectiva’ de la sociedad, es decir, es el medio por el cual se efectúa la asignación y reasignación del trabajo social entre las diferentes ramas de la división del trabajo”. El proceso de producción del dinero y la deuda deviene pues el fulcro del mecanismo de dominación sobre el tejido social en la sociedad mercantil. El experto en historia monetaria Michel Aglietta, autor del magnífico [texto](#), titulado gráficamente ‘La violencia de la moneda’, da las claves de la estrecha conexión entre el dinero, la deuda y la acumulación en el desarrollo del circuito monetario del capitalismo progresivamente financiarizado: “La acumulación de capital es un lado de la ecuación, pero el otro lado es necesariamente el desarrollo del endeudamiento. El intento de acumular dinero por mor de acumularlo como propósito de la actividad económica significa buscar el poder sobre otros, porque el dinero es la base del tejido social”. El economista marxista Fahd [Boundi](#) abunda en el contraste crucial entre la concepción marxiana del dinero y la poskeynesiana, hegemónica en las fuerzas de la izquierda reformista en la actualidad, en cuanto a la explicación de la función y la naturaleza del hecho monetario en el reino de la mercancía: “Para Marx, el dinero nace de las mismas contradicciones que encierra la mercancía en cuanto unidad inmediata de valor de uso y de valor de cambio; se trata de la encarnación del trabajo social abstracto. El dinero es, en definitiva, una creación social. Por el contrario, en las tradiciones keynesiana y poskeynesiana domina la concepción de George Friedrich Knapp (1905), quien concibió la génesis del dinero como un acto emanado de las propias leyes del hombre y del Estado, en cuanto garante de las mismas”. De este modo, el análisis del desarrollo histórico de esta progresiva imbricación entre la “fábrica monetaria” y las necesidades acuciantes de la valorización de capital conforma, a través de la descripción de la forma en que la producción de dinero se ha ido adaptando a las exigencias de una economía “real” cada vez más financiarizada, una iluminadora panorámica sobre el carácter



degenerativo del capitalismo actual que no ofrecen, a pesar de sus valiosas aportaciones, otras escuelas alternativas. Saquemos pues al dinero de su “rueda de hámster” en el circuito financiero e integrémoslo en la argamasa de la matriz del proceso de reproducción del capital a lo largo del desarrollo del capitalismo. ¿De qué forma se han ido transformando los mecanismos de creación e inserción del dinero en el circuito de la acumulación en su pugna por responder a las necesidades de sostenimiento de la rentabilidad del sistema? ¿Cuál ha sido el papel del hecho monetario en la naturaleza cíclica, con auges y depresiones de creciente virulencia, y degenerativa, con niveles de deuda y desigualdades sociales sin precedentes, del capitalismo contemporáneo? ¿Qué tipo de conexión existe, en fin, entre la extraordinaria financiarización de la economía actual y la crisis crónica arrastrada por el sistema desde el final de los treinta gloriosos a principios de los años 70?

Para atisbar respuestas a tales cuestiones –completamente ignoradas por el dogma económico [mainstream](#) y malinterpretadas por los reformistas monetarios [poskeynesianos](#)– resulta necesario seguir someramente el hilo de la tortuosa evolución del hecho monetario desde el periodo precapitalista hasta la eclosión de la ‘nueva relación social’ en la que el dinero deviene la ‘inteligencia colectiva’ de la sociedad productora de mercancías. ¿En qué consistió el núcleo de esa neurálgica transformación del modo de producción y de integración en el ‘tejido social’ del flujo monetario que acompañó al surgimiento del capitalismo? En relación a las épocas históricas anteriores–esclavismo, feudalismo, mercantilismo-, la irrupción del nuevo modo de producción conlleva una transformación esencial en la naturaleza y las funciones del flujo monetario en la dinámica económica. La descripción del economista marxista Michael [Roberts](#) -a propósito del magnífico texto de su colega Fred Moseley, titulado Dinero y Totalidad- de la esencia del proceso resulta clarificadora: “No empezamos con un cierto valor del tiempo de trabajo o una cierta cantidad de unidades físicas de trabajadores y la tecnología, y acabamos ahí. Empezamos con el dinero y terminamos con el dinero. En este punto es conveniente recordar que el dinero en manos del capitalista es la forma de existencia en que el capital inicia su proceso de valorización, y *como tal, es poder social sobre la clase obrera* [cursivas mías]”. ¡Qué contraste tan abismal con la música celestial de los manuales ortodoxos y su mitológica descripción del dinero como servicial [lubricante](#) de los intercambios, sin conexión alguna con los engranajes de la sala de máquinas del sistema! Resalta asimismo la aguda diferencia con el lenguaje aséptico y tecnocrático, despojado de adherencias socio-políticas, de los teóricos poskeynesianos de la teoría monetaria [moderna](#), centrados en reformas de laboratorio del sistema financiero, que reparen los destrozos causados por las políticas neoliberales de la [austeridad](#), al margen de la sala de máquinas de la acumulación de capital. El analista económico Claudio [Katz](#) abunda en el carácter del dinero como capital, como característica diferencial del signo monetario en el sistema de la mercancía: “El dinero es, por lo tanto, el único medio de que dispone la sociedad capitalista para validar el trabajo social y viabilizar la reproducción del capital”. Como se afirma, de forma rotunda, en las brillantes palabras de [Aglietta](#), se trata de la herramienta *par excellence*, a través de la que se ejerce el poder social: “Si los salarios crean división social, determinando el poder de una clase social sobre otra, ese poder es el poder del dinero. Para ser más precisos, es el poder de aquellos que detentan la prerrogativa de crear dinero con el fin de transformarlo en un medio de financiación de la producción; es el poder

sobre aquellos cuyo único acceso al dinero consiste en la venta de su capacidad de trabajo”. Clarividentes palabras que recorren todo el velo de oscuridad y tergiversaciones que sobre el ‘poderoso caballero’ han echado los paladines de la ortodoxia neoclásica.

Esta novedad radical que representa el uso del dinero como instrumento de poder social al servicio de la generación del excedente en el proceso productivo es la que diferencia pues esencialmente al capitalismo de los modos de producción anteriores. El punto nodal lo resume el economista marxista Andrés [Piqueras](#): “recordemos que el capital es dinero que se valoriza a sí mismo a través del trabajo humano – precisamente el trabajo humano que no es pagado-“. Finalicemos pues el bosquejo de la revolucionaria ‘nueva determinación’ con la descripción de [Marx](#) del circuito monetario de producción que, a pesar de sus adherencias hegelianas, es enormemente ilustrativa: “El dinero como capital es una determinación del dinero que va más allá de su determinación simple como dinero. Puede considerársele como una realización superior, del mismo modo que puede decirse que el desarrollo del mono es el hombre (sic). Es menester desarrollar la nueva determinación”. A la luz de estas lúgubres constataciones resulta fácilmente comprensible que la apología de la ‘economía de libre mercado’, representada por la corriente [marginalista](#), surgida a partir de 1870 como reacción ideológica de los apologistas del capital ante los alarmantes derroteros “subversivos” que estaba tomando la economía política clásica, se construyera precisamente sobre la negativa a desarrollar esa ‘nueva determinación’ del dinero, como expresión del poder social en manos privadas. Tal intención mistificadora, que queda reflejada vívidamente en su insistencia en el mito del dinero-lubricante-medio de cambio, con funciones meramente circulatorias, sin intervención alguna en el libre juego de la oferta y la demanda de factores y productos ni en la determinación de los dichos equilibrios de precios y cantidades en los mercados, refleja, cual espejo invertido, su función ideológica: ocultar, mediante la deformación del papel del dinero en el corazón del sistema de la mercancía, la génesis del beneficio y del conflicto [distributivo](#) generado por la explotación del trabajo en el circuito monetario de valorización del capital. Como señala enfáticamente Aglietta: “La ciencia económica no se interroga sobre la naturaleza de los fenómenos monetarios. Por el contrario, ¡está constituida por un conjunto de postulados cuya razón de ser es evacuar los hechos monetarios del *corpus* teórico!”. Tratemos de actuar pues en sentido contrario e iluminar los recónditos engranajes de la sala de máquinas donde opera el mecanismo a través del que se ejerce el ‘poder social’ sobre los que ostentan la condición subalterna de vendedores únicamente de su capacidad de trabajo.

¿Hasta qué punto podría afirmarse que la forma en la que ha ido evolucionando el proceso de producción del dinero y la generación de deuda a lo largo de los dos siglos de historia del capitalismo resulta funcional al mantenimiento –crecientemente problemático- de la rentabilidad y la capacidad de reproducción del sistema? ¿Tiene sentido sostener que las transformaciones en el modo de producción del dinero han contribuido a atenuar las crecientes tendencias degenerativas del capitalismo a costa de intensificar su propensión a alimentar los circuitos financieros especulativos alejándose de los productivos? El resumen que hace el historiador monetario Charles [Kindleberger](#), autor de ‘Manías, pánicos y cracs’, un enciclopédico recorrido por la historia y la desquiciada psicología de las crisis y las burbujas financieras, de

la compleja maraña de interacciones entre la fábrica de dinero y su inserción en el circuito monetario del capital, que va desgarrando progresivamente las costuras institucionales que trataban de encorsetarlo, es inmejorable: “El proceso es de Sísifo, un *perpetuum mobile*; la historia del dinero es una historia de continuas innovaciones, para que la oferta existente de dinero pueda ser utilizada de manera más eficiente y productiva y para desarrollar sustitutos próximos al dinero que eludan los requisitos reglamentarios que se aplican a la creación de dinero. El desarrollo de nuevos instrumentos de crédito se produce en respuesta a los cambios en los arreglos institucionales. La expansión monetaria es sistemática y endógena más que aleatoria y exógena”. Resulta pues perentorio prestar atención al proceso ‘de Sísifo’ a través del que los agentes propulsores de la creación de dinero han ido desprendiéndose de las ataduras y los corsés institucionales para facilitar su integración ‘más eficiente y productiva’ en la maquinaria de la acumulación de capital. Recapitemos pues, brevemente, la compleja relación entre los cambios en la naturaleza y funciones del dinero moderno, la radical transformación de su ‘modo de producción’ y la evolución de los ‘requisitos reglamentarios’ que han tratado infructuosamente de levantar diques que limitaran la apertura total de las compuertas de los flujos de liquidez que alimentan la sala de máquinas de la acumulación de capital. Para ello es importante disipar previamente algunos persistentes malentendidos.

No se trata, como a veces expresan ciertas fábulas divulgativas con profunda penetración en los mitos populares, de describir la historia del dinero como una evolución continua de las formas monetarias desde el imperio de los metales preciosos hasta la completa desmaterialización del dinero virtual-electrónico en la actualidad. En todos los periodos precapitalistas convivieron, en distinto grado, dinero-metálico puro, dinero fiduciario –teóricamente convertible pero basado, en última instancia, en la confianza en el emisor-, variopintos signos de registro de deudas, títulos de crédito comercial y depósitos y créditos bancarios como soportes del poder de compra, los medios de pago y la acumulación de riqueza de los agentes económicos. En los limitados márgenes de las relaciones monetarias de las fases precapitalistas, el dinero crediticio –las famosas muescas en los palos “de conteo”, que describe el antropólogo David [Graeber](#) en su, excesivamente unilateral, tesis sobre el origen del dinero como unidad de cuenta en el pago de deudas- ha sido omnipresente a lo largo de la historia. Como precisa el historiador monetario Pierre [Vilar](#): “Por tanto, oponer una época de “moneda metálica”, que comprendiese toda la historia previa a la edad dorada del capitalismo, y una época de moneda moderna, desmaterializada, que nace entre 1920 y 1930 con el fin del patrón-oro, sería un error”. La vívida descripción que hace el historiador de la escuela de los Annales, Fernand [Braudel](#), de las ferias medievales, refleja elocuentemente la casi nula presencia del fulgor del metal en los intercambios comerciales: “Casi no se lleva ninguna mercancía al encuentro, se lleva muy poco dinero contante y sonante, pero sí grandes masas de letras de cambio, *que constituyen verdaderamente los signos de la riqueza entera de Europa* [cursivas mías]”. La liquidación de los saldos era, eso sí, en plata y moneda fuerte –el legendario ‘real de a ocho’, también conocido como dólar español, la primera moneda de reserva mundial de la historia-. No olvidemos, empero, la cuestión crucial. Esta multiplicidad entreverada de signos monetarios, unos con valor intrínseco y otros sin él, adaptada a las necesidades, cambiantes pero nunca generalizadas, de los pagos y la circulación, coexiste con

una economía no monetaria de enorme extensión, en agudo contraste con la monetización absoluta del metabolismo social vigente bajo la égida del capital. Es esencial, por tanto, recordar, como muestra minuciosamente el formidable fresco que traza Karl [Polanyi](#) en su obra cumbre, ‘La gran transformación’, que ni los “libres” mercados, como reguladores del intercambio de bienes y servicios, ni el dinero, como ‘base del tejido social’, son en absoluto hegemónicos en las fases precapitalistas. La advertencia que hace Braudel no debe pues olvidarse: “Todo casa en este juego que, por otra parte, no tiene ningún misterio, siempre que no se olvide que hay una economía monetaria del Antiguo Régimen, diferente de la actual y muy imperfecta, con múltiples niveles y no extendida, ni mucho menos, a todos los hombres”. Crucial advertencia, que a veces parecen olvidar Graeber, Wray y otros defensores acérrimos de la teoría del origen y evolución del dinero como medio de pago de las deudas y creación del Estado -que impone su curso legal mediante la obligación de pagar impuestos-, como si no se hubiera producido un corte radical en la naturaleza de tales funciones del hecho monetario tras el surgimiento del capitalismo.

La modificación esencial de la función financiera que supuso la irrupción del sistema de la mercancía a partir del siglo XIX no residió pues en el soporte –metálico, papel moneda más o menos convertible, billetes de banco, respaldados o no con depósitos o títulos de crédito comercial- del signo [monetario](#). Tampoco en la alteración radical de la multiplicidad de sus funciones “circulatorias”–medio de cambio, unidad de cuenta para el pago de obligaciones- o “productivas”, de estímulo de la actividad económica–atesoramiento especulativo, crédito bancario o comercial- . La radical novedad reside en la revolucionaria transformación de la maquinaria de producción y distribución del dinero para adaptarla a su utilización en la financiación de la acumulación de capital: la ‘nueva determinación’ a la que se refería –siendo, dicho sea de paso, el primero en emprender su estudio en profundidad- Marx. El resumen que hace Trevor [Evans](#), economista británico experto en finanzas, de esta novedad radical, es iluminador: “El dinero se convierte en capital cuando es avanzado con el objetivo de obtener un beneficio. El objetivo de la valorización es asegurar que el valor originalmente avanzado se reproduce con un excedente, y el dinero sirve por tanto para medir no solamente el valor, sino también el plusvalor; o, en términos de la contabilidad cotidiana, no sólo los precios sino también el beneficio. La función del dinero como medida del beneficio es uno de los aspectos más cruciales de una economía capitalista”. Así pues, el dinero en su nueva determinación deja de ser un stock de riqueza para devenir un flujo continuo de financiación del circuito de producción. Roman [Rosdolsky](#), autor de un extraordinario texto sobre la génesis y las categorías principales de ‘El capital’, resalta el punto clave: “en el capitalismo el dinero ha perdido su rigidez, y de cosa palpable que era, ha pasado a ser proceso”. He aquí pues el salto cualitativo –junto al cuantitativo, representado por la extensión de la economía monetaria ‘a todos los hombres’- de la función financiera al servicio del nuevo tipo de metabolismo social: el dinero como medida del plusvalor obtenido en el proceso productivo y, por tanto, como encarnación del poder social sobre los generadores no retribuidos del excedente, deviniendo así el *leit motiv* de todo el entramado de la acumulación de capital. Mientras que en el mercantilismo precapitalista el desarrollo de los, en ocasiones, sumamente sofisticados, instrumentos financieros, potenciados por la aparición de los primeros bancos “centrales”-el banco de Amsterdam, el de Suecia y el de Inglaterra- se orienta hacia

la financiación del Estado –principalmente, el esfuerzo bélico imperialista en pos de la hegemonía en la carrera por el saqueo de las tierras ignotas y de los pueblos ‘sin historia’- y el estímulo del comercio y la acumulación de riquezas, el surgimiento del capitalismo supone un cambio sustancial en la función bancario-financiera y en el papel del numerario. Las crecientes necesidades de la financiación del flamante circuito monetario de producción irán paulatinamente desgarrando las convenciones arcaicas acerca de la naturaleza del ‘poderoso caballero’ y destruyendo progresivamente las rigideces institucionales que constreñían la producción de dinero para adaptarla a las insaciables demandas de combustible monetario de la locomotora de la acumulación.

¿Cómo han evolucionado pues las complejas relaciones entre los mecanismos de creación e “inyección” monetaria endógena en los procesos productivos y las ‘restricciones institucionales’ exógenas en la compleja adaptación de la ‘nueva determinación’ del dinero, como propulsor y vara de medida de la producción de plusvalor? Destacaremos dos mecanismos básicos a través de los cuales la evolución ‘institucional’ de la creación de dinero se ha ido acoplado –siempre de manera incompleta y conflictiva- a las necesidades de la acumulación de capital: la aparición de la banca central moderna en la cúspide del sistema financiero, fungiendo de prestamista de última instancia, regulador del mecanismo de generación de deuda pública y cámara de compensación del sistema bancario privado, y, *last but not least*, la liberalización progresiva del mecanismo de producción de dinero-deuda por parte de la banca privada en pos de culminar la ‘apertura de compuertas’ de los flujos de liquidez hacia los canales de la financiación crediticia y la nebulosa de los mercados financieros. He aquí los dos pilares en los que se sustenta la expresión de poder social de clase al servicio de la acumulación de capital que representa el modo de producción y circulación del dinero moderno. El economista marxista Joaquín [Arriola](#) describe la ‘estación *termini*’ de la pugna continua librada con denuedo por el capital financiero en pos de la rotura de las ligaduras institucionales que sujetaban la creación ilimitada de deuda por la banca privada: “En esta evolución, lo que importa retener ahora es que en algún momento, el sistema bancario es capaz de crear crédito independientemente del ahorro, rompiendo la identificación entre ahorro e inversión tan cara a la economía neoclásica. Cuando la evolución del sistema alcanza ese momento, el dinero bancario es dinero en el sentido pleno del término, y deja a su vez de tener un vínculo directo con una base mercantil real”. Costas [Lapavitsas](#), autor de una exhaustiva historia del capital financiero en la génesis de la globalización de finales del siglo XX, titulada, significativamente, ‘Beneficios sin producción: cómo nos explotan las finanzas’, resalta la estrecha interacción entre los dos procesos que caracterizan la revolución en el modo de producción del signo monetario en el capitalismo maduro: “La evolución de la forma del dinero ha llevado a que el dinero crediticio sin valor intrínseco, que en última instancia es sólo intercambiable por dinero de curso legal generado por el banco central, dominara la circulación doméstica (...) En el corazón del ascenso de las finanzas reside el monopolio absoluto del Estado sobre los medios de pago finales”. Evans pone de nuevo el acento en el nudo gordiano de la integración público-privada de la producción de dinero como factor propulsor de la financiarización creciente de la estructura económica actual: “Un aspecto clave de este cambio es que en el espacio de la economía nacional el dinero del banco central sustituye a una mercancía en el papel de equivalente general. Pero, al mismo

tiempo, otros cambios, especialmente el desarrollo de la función del banco central como prestamista en última instancia, aseguran que todo el dinero bancario privado pueda convertirse siempre en dinero del banco central, garantizando de este modo que aquel también pueda funcionar como equivalente general”. Queda clara la profunda conexión entre los dos “revolucionarios” procesos que configuran la producción e inyección en el motor de la acumulación del dinero-capital.

¿Cuáles son pues los hitos históricos que han simbolizado esta progresiva destrucción de las limitaciones institucionales tradicionales de la creación monetaria para adaptarla a las apremiantes necesidades de la, crecientemente degenerativa, valorización del capital? ¿Qué tipo de tensiones y “cuellos de botella”, que estrangulaban el modo de producción del flujo monetario requerido por el sistema financiero desembridado, característico de la fase financiarizada del capitalismo, tuvieron que ser desatascados? Sin afán exhaustivo, podríamos destacar tres momentos simbólicos en la pugna por la rotura de las amarras que agostaban la creación ilimitada de crédito bancario e impedían la centralización de la ‘regulación’ del sistema financiero a cargo de la banca central en la historia económica contemporánea: los fracasados intentos –ejemplificados en los debates en torno a la ‘ley Peel’ y la turbulenta historia del patrón oro a lo largo del siglo XIX- por impedir la ‘apertura de compuertas’ a la producción ilimitada de dinero-deuda por la banca privada; la adecuación progresiva de la operativa de la banca central moderna a su función de soporte y propulsor de los nervios y la circulación monetaria en el capitalismo contemporáneo, encarnada en la aparición de la Reserva Federal de Estados Unidos y, por último, la entronización definitiva del dinero-deuda ‘*out of thin air*’, multiplicado *ad infinitum* en las entelequias financieras que pululan por la nebulosa de las finanzas en la sombra, que caracteriza la actual etapa de financiarización ‘a muerte’ del capitalismo senil, simbolizada en la política de ‘relajamiento’ monetario de la banca central actual. Lapavitsas resume el resultado de esta profunda metamorfosis de la función monetaria en su denodada persecución, crecientemente dificultosa, del sostenimiento de la ganancia del capital: “Como consecuencia, el sector financiero actúa como si fuera los nervios y el cerebro de la economía capitalista; es la entidad social que convierte la organización de los recursos disponibles de la sociedad en un conjunto integrado, aunque lo haga sobre la base de la propiedad privada y la voraz obtención de ganancias”. Es esa necesidad imperiosa de la apertura de gigantescas compuertas de liquidez hacia la nebulosa de los mercados financieros y las burbujas de activos –llevada al paroxismo en la surrealista política de expansión cuantitativa, característica de la actual fase degenerativa del capitalismo senil- pugnando por mantener con respiración asistida el maltrecho engranaje, aún a costa de modificar totalmente su función tradicional de financiar la producción de ‘cosas útiles para la gente’, la que proporciona la clave del ‘rol contemporáneo de la moneda’. Como explica Katz: “Pero si los bancos cumplen un rol estratégico y la moneda incluye una gama tan variada de medios de circulación y pago es porque las necesidades de liquidez del sistema se amplían con el desarrollo de la acumulación. En este desenvolvimiento, y no en las conductas “miméticas” de los especuladores, radica la clave del rol contemporáneo de la moneda”.

### **Los diques se resquebrajan: la victoria pírrica de la ‘ley Peel’**

Las dos posturas enfrentadas –la escuela monetaria y la bancaria- en los enconados debates previos a la aprobación de la ley [Peel](#) –el ‘acta bancaria’ inglesa de 1844,

vigente hasta 1918- ilustran vívidamente las virulentas polémicas que el surgimiento del capitalismo provoca en los desconcertados teóricos del hecho monetario.

Tras las guerras napoleónicas, que marcan el comienzo de la prolongada Pax Britannica sobre una Europa arrasada y dividida, y el simultáneo y espectacular *take off* de la industria británica, catapultada en apenas unas décadas a la condición de fábrica del mundo, la conflictiva relación entre la banca privada y el Banco de Inglaterra comienza a reflejar las tensiones características de la expansión capitalista y el desgarramiento que esa mutación produce en el modo de producción tradicional del dinero. Ante las recurrentes crisis bancarias, causadas principalmente por las ingentes necesidades de financiación de los capitales requeridos por la construcción del ferrocarril y por la irreprimible tentación de los bancos privados de expandir, más allá de sus reservas metálicas, los límites del crédito, aparecen las voces de alarma de los defensores de la parsimonia y la prudencia ante la alocada marcha de los negocios.

Los partidarios de la escuela monetaria –la *currency school*–, herederos del fetichismo metalista característico del [mercantilismo](#), propugnan un estricto control de la emisión de moneda en manos del Banco de Inglaterra, acompañado de la estricta prohibición de crear dinero-deuda a la banca mediante la obligación de mantener un 100% de reservas metálicas sobre sus préstamos. Argumentos, por cierto, sorprendentemente similares a los propugnados por los actuales defensores del dinero ‘soberano’, libre de deuda y bajo control estricto de la todopoderosa banca central, con gran predicamento entre los “curanderos” monetarios, pretendidos poseedores de la piedra filosofal que reparará milagrosamente la descontrolada maquinaria actual de la especulación y la deuda ‘a muerte’. El egregio economista clásico David [Ricardo](#), uno de los partidarios acérrimos del dinero “seguro”, reclama la necesidad de “atar en corto” a la banca privada y al dueño de la maquinilla de impresión, con el fin de evitar la ominosa inflación, puesta en la picota por la ortodoxia de la arcaica teoría cuantitativa del dinero como nociva consecuencia de la abundancia de circulante: «La experiencia muestra que ni un Estado ni banco alguno han tenido el poder irrestricto de emitir papel moneda sin abusar de ese poder: por ello, en todos los Estados, la emisión de papel moneda debería estar bajo una estricta vigilancia y control y ninguno parece ser tan adecuado para este propósito como el de sujetar las emisiones de papel moneda a la obligación de pagar sus billetes en metal noble o en oro acuñado». En un anticipo de las concepciones ortodoxas sobre las causas de la inflación que siguen focalizando el viciado debate sobre la política monetaria en nuestros días, el circunspecto Ricardo adelantaba el argumento de la escuela [monetarista](#) –la denominada ‘equivalencia [ricardiana](#)’– acerca del peligro del Estado manirroto que desbarata los sagrados equilibrios del libre mercado detrayendo recursos del sector privado: “Con una circulación metálica, no hay pues que temer una multiplicación de signos monetarios que acarreen alzas de precios desordenadas. Pero con la circulación de papel siempre existe el riesgo de una excesiva multiplicación (en la medida en que el Estado puede considerar cómo emitir papel para responder a sus arbitrarias necesidades)”. ¿Les suena? Prescindiendo de los arcaísmos del ‘metal noble’ o del ‘oro acuñado’, pareciera que escucháramos a cualquier vocero actual de la pléyade de apologistas neoliberales de la consolidación fiscal y la estricta vigilancia de la inveterada prodigalidad del Estado despilfarrador.

Sin embargo, los perdedores en la polémica –tan virulenta que el futuro Primer Ministro, lord Gladstone, afirmó, sarcásticamente, en uno de los acalorados debates, que ‘la especulación sobre la esencia del dinero había hecho perder la cabeza a más personas que el amor’- eran, en realidad, los adelantados al signo de los tiempos. Los partidarios de la *banking school* defendían, anticipándose a los actuales teóricos poskeynesianos -y también a Marx, que se inspiró en ellos en El Capital- el papel de la banca como financiador de la producción, con capacidad para autorregularse, sin riesgos inflacionarios, siempre que las ‘necesidades del comercio’ exigieran el aumento de los flujos financieros. El economista Thomas Tooke, líder de la escuela bancaria y adalid de la defensa del dinamismo del crédito privado como motor económico, esgrimía la actual teoría del dinero endógeno de los poskeynesianos contra el mito de la exogeneidad del dinero-lubricante, heredado de la escolástica teoría cuantitativa: “la cantidad de los billetes es un efecto y no una causa de la demanda de los billetes”. Por tanto, el Banco sólo emitiría lo que le fuera solicitado en crédito para cubrir las necesidades de la producción y circulación y el temido riesgo inflacionario sería eliminado.

El economista poskeynesiano, eximio representante de la teoría monetaria moderna, Randall Wray, abundando en la tesis de Tooke, resalta el punto nodal para refutar la tesis inflacionaria de la ortodoxia: “la emisión privada de billetes de banco nunca será excesiva ya que siempre que hubiera un exceso acabaría refluendo a los bancos que garantizaban su convertibilidad metálica”. Al menos en teoría, por supuesto. En la práctica, como demostrarían las agudas crisis financieras detonadas por la abundancia o escasez de numerario y crédito, otro gallo cantaría.

La aprobación final de la ley Peel sería pues una victoria pírrica. El férreo corsé metalista puso al Banco de Inglaterra en una posición insostenible, al no poder cumplir con su función de prestamista de última instancia: tenía el mandato político de brindar liquidez a otros bancos en momentos de crisis, pero su capacidad de emitir billetes estaba restringida a sus reservas de oro. La respuesta a esta inicua limitación, derivada del arcaísmo de la concepción monetaria vigente, fue expeditiva: la ley Peel se suspendió durante las crisis financieras de 1847, 1867 y 1876 y fracasó a la hora de detener la expansión de la creación de dinero-deuda por los bancos privados. Al dejar libertad al banco para emitir cheques contra los depósitos de los clientes se horadó un boquete por el que se coló la riada creciente de flujos de liquidez que requería la propulsión de la acumulación de capital. La dinámica expansiva ‘endógena’ del capitalismo y su necesidad de someter la producción de dinero a las exigencias de la acumulación eran incompatibles con el arcaico fetichismo del dinero mercancía y el morigerado papel asignado al Banco de Inglaterra.

La convulsa historia del patrón-oro –la ‘bárbara reliquia’, en palabras de Keynes-, con sus crisis bancarias recurrentes de creciente virulencia, hasta la definitiva dislocación del sistema monetario tradicional desencadenada por la Gran Guerra, refleja la gradual inadecuación de los mecanismos ‘institucionales’ del sistema financiero decimonónico a la expansión acelerada de los flujos de liquidez y los requerimientos del creciente volumen de capitales en la época dorada del capitalismo triunfante. Como hace notar el experto en temas monetarios James Triffin, a pesar de la existencia del Patrón Oro, el volumen de billetes y depósitos bancarios creció, en todo el mundo, muy por encima de las reservas metálicas. En



1913, de toda la cantidad de dinero en circulación sólo un 10% era oro y un 7% plata. Sin embargo, los billetes de banco aún eran “teóricamente” convertibles en oro, lo que representa una diferencia abismal con la situación actual. Los delirios metalistas, personificados en las [fiebres del oro](#) en California y Alaska -un trasunto de la búsqueda desesperada del Dorado de los atrabiliarios expedicionarios castellanos en América- remiten, al coste de miles de vidas humanas, al fetichismo anacrónico del “brillo oscuro del metal” como símbolo de riqueza, rescoldo de una época fenecida que daba sus estertores. A medida que la expansión crediticia del dinero-deuda sin respaldo iba desgarrando las costuras de la anacrónica restricción metalista, se hacía más perentorio “lubricar” los engranajes de la producción monetaria, adecuando el marco institucional a las nuevas necesidades de la acumulación de capital en la incipiente fase fordista finisecular. Aglietta resume la profunda necesidad de esta metamorfosis: “El vínculo con el oro está basado en una relación social y, al igual que todas las demás relaciones de ese tipo, evoluciona a través de un proceso de transformación que indica que antes de los años 30 se produjo un cambio crítico que dio lugar a la aparición de una nueva forma de regulación monetaria, asociada con la emergencia de un régimen de acumulación predominantemente intensiva, o fordismo”. En la época en la que una nueva superpotencia tomaba el relevo de la vieja Inglaterra en el dominio del mundo, una revolucionaria institución, representante del nuevo poder imperial, se encargaría de instaurar el ‘cambio crítico’ hacia la nueva forma de regulación monetaria adecuada a los requerimientos que exigía el desarrollo de la acumulación de capital en la edad dorada de los capitanes de la industria fordista.

**Se abren las compuertas: la criatura de Jekyll Island y la ‘máquina de succión’**

*“Soy el hombre más infeliz. Arruiné a mi país con insensatez. Una gran nación industrial es controlada por su sistema financiero. El crecimiento de la nación y todas nuestras actividades están en manos de unos pocos hombres”*

Woodrow Wilson, presidente de Estados Unidos en el momento de la creación de la Reserva Federal

En 1913, mientras en Inglaterra agonizaba la anacrónica Ley Peel y el mundo se acercaba a la primera gran conflagración imperialista, uno de cuyos efectos fulminantes fue la demolición del patrón-oro en un océano de deudas de guerra, un subrepticio pero decisivo acontecimiento tenía lugar entre bambalinas. Las recurrentes crisis bancarias –la última, en 1907, especialmente virulenta- en la emergente superpotencia americana ponían de manifiesto la aguda urgencia de instaurar una autoridad reguladora que desempeñara la función de proveedor de liquidez de última instancia a la banca privada en momentos de sequía de crédito y crisis de confianza en el volátil clima de los negocios. Tras una legendaria [reunión secreta](#), alimento de innumerables teorías conspiratorias, de los representantes de los hombres fuertes de las finanzas mundiales en la paradisíaca isla de Jekyll, se decide la creación de la Reserva Federal, el flamante banco central de la gran potencia emergente. La víspera de Nochebuena, con nocturnidad y alevosía, para evitar el escándalo que provocaría la violación flagrante del precepto constitucional que asignaba en exclusiva la emisión de dinero al Congreso de EEUU, se dio el marchamo al primer banco central moderno, adaptado a las formidables necesidades financieras del pujante capitalismo de los Rothschild, los Rockefeller y los Robber Barons. Su aparición –en oposición al rigorismo metalista que aún

maniataba al Banco de Inglaterra- dio un impulso extraordinario al papel de la creación de dinero-deuda en la generación de actividad económica y en las burbujas especulativas que implosionaron, con gran estrépito, el jueves negro de 1929. Eustace [Mullins](#), autor de un trepidante, aunque maniqueo y “conspiranoico”, relato del convulso proceso que llevó a la creación de la primera ‘fábrica de dinero’ moderna, describe el activo papel de la Fed en la propulsión de las burbujas de crédito que estallaron en 1929: “Después de la Depresión Agrícola de 1920-21, la Mesa de Gobernadores de la Reserva Federal trabajó durante ocho años facilitando la rápida expansión del crédito de los banqueros de New York, una política que culminó en la Gran Depresión de 1929-31 y ayudó a paralizar la estructura económica del mundo”. William Greider, autor del excelente [libro](#) sobre la historia de la ‘criatura de Jekyll Island’, titulado, significativamente, ‘Los secretos del templo’, acusa a la Fed de haber proporcionado combustible para la hoguera: “Entonces llegó octubre de 1929. Muchos han culpado a la Fed por crear la crisis. Con políticas de dinero fácil que propulsaron los préstamos especulativos e inflaron espectacularmente el mercado de acciones”. Destaca el enorme contraste entre estas afirmaciones y la tesis central del pope monetarista Friedman que, en su [opus magnum](#), hace responsable a la incompetente dirigencia de la Fed de haber provocado la Gran Recesión con su política monetaria restrictiva tras el brusco ‘secado’ de los flujos de crédito desencadenado por el crash bursátil. Más allá de que ambas tesis no son incompatibles, lo que resulta diáfano es el novedoso papel del banco central en la regulación de los flujos monetarios y como soporte y propulsor del sistema financiero y de la actividad económica. Todo un cambio de paradigma respecto a la timorata y tediosa contención característica de su predecesor en la vieja Inglaterra. ¿Cuál es la estructura interna y a través de qué mecanismos de política monetaria tratan de desarrollar los sumos sacerdotes del templo de las finanzas modernas su revolucionaria pretensión de centralizar ‘los nervios y la circulación’ del sistema financiero? La Fed es un trampantojo perfecto. A pesar de su barniz de supervisión pública -la junta de gobernadores, nombrados, en parte, entre ellos su presidente, por el poder ejecutivo-, en realidad se trata de un, mal disimulado, *holding* de la gran banca privada estadounidense. Al actuar como único emisor de moneda de curso legal, prestamista de última instancia, cámara de compensación interbancaria y supervisor del sector financiero garantiza la expansión del negocio bancario y proporciona cobertura cuando las cosas vienen ‘mal dadas’. Como apunta Greider: “Si los banqueros se equivocan, si el futuro no es como se esperaba y suficientes préstamos van mal, los depositantes perderán su confianza en el banco y acudirán a sus mostradores reclamando su dinero. Entonces, descubrirán que el banco no lo tiene. Aquí es donde interviene la Fed, como prestamista de última instancia de la economía americana”.

Lapavistas resume su papel de regulador y garante del negocio bancario a través de la centralización de la producción de dinero ‘de curso legal’: “El banco central desempeña, de este modo, un papel decisivo en el ascenso y consolidación del dinero crediticio privado al convertirlo en una promesa de pago con los pasivos del banco central, en vez de con el dinero mercancía. En el capitalismo contemporáneo, el dinero crediticio promete básicamente pagar con dinero del banco central (billetes y reservas bancarias), una vez que el Estado lo ha declarado inconvertible en cualquier otra cosa”.

Las neurálgicas funciones de cámara de compensación y ‘red salvavidas’ de la banca privada, características del nuevo paradigma de banca central, palidecen sin embargo ante la clave de bóveda de la máquina de succión financiera en el capitalismo maduro: la “privatización” de la deuda pública como propulsor de la hipertrofia de las finanzas modernas. Greider, en su magnífica requisitoria contra la ‘los sumos sacerdotes del templo’—que denomina, irónicamente, el Estado número 51 de la Unión— recoge la lapidaria declaración del Gobernador de la Fed durante quince años, Marriner Eccles: “*La deuda, pública y privada, es la base para la creación de dinero* [cursivas mías]”. A pesar del tono, puerilmente justiciero, Stephen Lendman hace una exacta [descripción](#) del extravagante mecanismo: “La Ley de la Reserva Federal da a los banqueros privados el más importante de todos los poderes. Al que la mayoría de los gobiernos jamás debieran renunciar. La autoridad para crear dinero. Éste se presta al gobierno cobrándosele interés por su propio dinero. Más tarde, es devuelto, menos gastos operativos, y un beneficio garantizado de un 6%. Los contribuyentes pagan la cuenta”. Lapavitsas resalta el papel clave del manejo de la deuda pública en la provisión de liquidez extra a las finanzas globales: “Sin los instrumentos de deuda del Estado, los mercados monetarios habrían tenido menos profundidad y liquidez y los tipos de interés hubieran carecido de un punto de referencia”.

Según cuenta Ellen Brown, historiadora del dinero y utópica reformista monetaria, autora de ‘[La telaraña de deuda](#)’, un escéptico congresista de la vieja escuela, incrédulo ante la milagrosa e infame capacidad de crear dinero de la nada, característica de la esotérica institución, decidió comprobar por sí mismo qué había en las ultrasecretas cajas fuertes de los bancos de la Reserva Federal. “Acudió a un par de bancos de la Fed, solicitando que le enseñaran los billetes de banco o sus reservas de oro. Ante la extrañeza de los anfitriones, insistió en su demanda, y al bajarle por fin a las cámaras acorazadas le mostraron su contenido: enormes cantidades de bonos del tesoro. ¿De dónde obtuvo la Reserva Federal el dinero para adquirir todos los títulos del tesoro de sus bóvedas? De ningún sitio. Cuando la Fed gira un cheque contra un bono del gobierno hace exactamente lo mismo que el resto de los bancos hacen con los préstamos: crea dinero pura y simplemente en una anotación contable”. ¿Pueden imaginarse la mezcla de estupefacción y horror que le produciría al honorable sir Robert Peel tamaño sortilegio? El mediático economista y exministro de finanzas griego, Yanis Varoufakis, detalla su neurálgica interacción con la apertura de compuertas de los flujos financieros en paralelo al desarrollo capitalista: “¿Y quién proveyó al gobierno con los préstamos requeridos? ¡Los banqueros, naturalmente! ¿Y dónde hallaron los bancos el dinero? He de decir, enérgicamente, que lo “conjuraron” del mismísimo aire. Pero lo anterior dista mucho de ser la principal razón por la que a los banqueros les encantan los bonos. La cosa que más odian los bancos es el dinero (sic): depositado en sus bóvedas acorazadas o en sus hojas de cálculo electrónicas no produce —al contrario que los bonos— intereses”. La prueba de que el “amor” incondicional de los banqueros por la deuda del Estado recorre toda la historia del capitalismo es que el propio Marx —a pesar del estado rudimentario de la máquina de succión en su época— era perfectamente consciente de la nocividad del [engranaje](#): “El endeudamiento del Estado era, al contrario, el interés directo de la fracción de la burguesía que gobernaba y legislaba en el Parlamento. El déficit del Estado era realmente el verdadero objetivo de su especulación y la fuente principal de su enriquecimiento. Cada año un nuevo déficit.

Cada nuevo préstamo era una nueva ocasión para saquear lo público e invertir su capital en bonos del Estado”.

Así pues, la innovadora forma de gestionar y dar cobertura al sistema financiero de la Reserva Federal representó un avance significativo en la adecuación de la producción de dinero a las necesidades de la acumulación de capital. Todo marchó moderadamente bien, sin los agudos sobresaltos característicos de la fase anterior, a lo largo de la edad dorada posterior a la Segunda Guerra Mundial. Mientras el capitalismo disfrutó de la mayor etapa de prosperidad de su historia, tras los cataclismos de la primera mitad del siglo XX, las residuales restricciones al funcionamiento liberalizado de la banca privada –simbolizadas en la ley [Glass Steagall](#), que, desde la Gran Depresión, impedía a los bancos comerciales lanzarse al casino financiero- y los restos de la sujeción metalista que representaba el patrón-dólar-oro de Bretton Woods –aplicable únicamente al dinero mundial de los saldos de reservas internacionales- contuvieron el crecimiento exponencial de los mercados financieros y mantuvieron la preeminencia de la financiación de la acumulación tradicional por parte de la banca privada. Incluso la deuda pública se mantuvo moderadamente bajo [control](#) en la superpotencia, hasta las primeras señales de su inexorable declive a lo largo de los felices sesenta. Los caudalosos flujos de plusvalía, extraídos de las fábricas fordistas, lideradas por la industria del automóvil, el fetiche por excelencia del capitalismo fosilista de la edad dorada, sostenían la sana acumulación de capital y mantenían a raya las deletéreas entelequias financieras. El venerable activista Noam Chomsky [describe](#) el idilio entre la banca y la buena forma de hacer ganancias durante los ‘treinta gloriosos’: “Si nos fijamos en los años cincuenta y sesenta –la llamada época dorada– los bancos estaban todavía conectados con la economía real. Esa era su función. No había caídas en la banca porque había regulaciones de los mercados financieros”. Pronto se truncaron sin embargo las vanas esperanzas de la era keynesiana de un capitalismo temperado, moderadamente redistributivo, en el que las finanzas sirvieran al bien común financiando la actividad productiva. El final de la prolongada época de prosperidad de los treinta gloriosos y la aguda crisis subsiguiente que dio a luz al neoliberalismo monetarista desencadenaron –gracias al soporte que las nuevas tecnologías de la información proporcionaron a los flujos instantáneos de capitales- una nueva revolución en el papel de la función financiera. Una última vuelta de tuerca a la magia alquímica de las finanzas modernas era imprescindible para completar su metamorfosis, convirtiéndolas en la clave de bóveda del entramado degenerativo del capitalismo senil. Para ello tenía que descuajarse cualquier resto de sujeción institucional que constriñera su expansión ilimitada al servicio de la maltrecha pero demoledora maquinaria del capitalismo neoliberal.

### **Los diques revientan: de los Eurodólares al paroxismo de la [QE](#)**

*“La doctrina más maligna planteada nunca en el mundo monetario o bancario en este país es decir que la función propia del Banco de Inglaterra es tener dinero siempre disponible para abastecer las demandas de banqueros que han conseguido que sus activos no sean negociables”*

Walter Bagehot

El golpe de gracia para los últimos restos de ligamen material que sujetaban la ‘máquina de succión’ de la producción de dinero-deuda en la circulación monetaria

mundial –los famosos 35 dólares la onza del patrón-dólar-oro de Bretton [Woods](#), que fungían como regulador del comercio y las finanzas internacionales de la época dorada del capitalismo de posguerra- llegó con el denominado [Nixon Shock](#), en agosto de 1971. El “tramposo” del Watergate, en un gesto unilateral sin precedentes, suspende de un plumazo la convertibilidad entre el dólar y el oro, dinamitando el mecanismo regulador del comercio y las finanzas internacionales posterior a la segunda guerra mundial y obligando al resto de potencias capitalistas a aceptar los devaluados ‘papelitos de colores’ del ‘amigo americano’ a cambio de la riqueza real producida a lo largo y ancho del planeta. Sin embargo, el golpe en la mesa de la superpotencia en decadencia en pos de conservar su maltrecha hegemonía a través del mantenimiento *manu militari* de la moneda de reserva mundial–el ‘privilegio exorbitante’, consistente en el desarrollo de déficits comercial y fiscal astronómicos, sin preocuparse por su financiación, tan brillantemente descrito por [Varoufakis](#) en “El minotauro global”- no representó más que la certificación *de iure* de una situación *de facto* que ya existía previamente: sus orígenes se remontan a la aparición del mercado de eurodólares a finales de los años 50. Se trata, en la descripción del economista Pieschacón [Velasco](#), de “un verdadero mercado internacional de capitales, basado en depósitos en dólares fuera de EEUU y no sujeto a restricciones ni normas por parte de las autoridades monetarias y los gobiernos”. Varoufakis describe los antecedentes de la total apertura de compuertas para los flujos financiero-especulativos, tras la crisis del fordismo de los treinta gloriosos: “El superávit estadounidense, que era la base del sistema monetario global, desapareció. Esto, combinado con el intento perenne de los banqueros de librarse de las restricciones impuestas sobre ellos, creó el mercado extraterritorial de eurodólares que se convertiría, más tarde, después de que Bretton Woods fue desechado en 1971, en la base para la financiarización”. Así pues, el mercado del eurodólar, propulsado asimismo por la inundación de petrodólares de las satrapías del Golfo Pérsico, tras la brusca subida del precio del petróleo en 1973, fue un paso decisivo hacia la desregulación de los mercados internacionales de crédito y la consiguiente expansión acelerada de los flujos financieros globales. Los magos de las finanzas, los gurúes periodísticos y los popes de la academia celebraban alborozados la ingeniería creativa financiera llamada a optimizar la inversión y el ahorro y a procurar la riqueza y el bienestar del crecimiento perpetuo. Relata Pieschacón Velasco que el Wall Street Journal lo describió entusiásticamente como ‘el más capitalista de todos los mercados capitalistas’. Se iban sentando aceleradamente pues las bases de la revolución financiera en ciernes, presta para acudir en auxilio de la languideciente esfera productiva donde, cada vez menos lucrativamente, circulaba el dinero-capital. Los buenos tiempos de los ‘treinta gloriosos’ se habían terminado y había que ingeniárselas para mantener al paciente con respiración asistida. Al agudizarse la crisis de rentabilidad del capitalismo en los años 70, las mangueras de liquidez, potenciadas por la revolución tecnológica de las tecnologías de la información, comenzaron a insuflar riadas de flujos financieros a los gripados circuitos de la acumulación. Kindleberger resalta el abrupto crecimiento resultante de las burbujas de activos: “Las tres décadas desde el decenio de 1980 han sido las más tumultuosas en la historia monetaria en cuanto al número, alcance y gravedad de las crisis financieras. La mayoría de las quiebras bancarias desde principios de 1980 han sido eventos sistémicos que han ocurrido en oleadas y en los que han participado un gran número de prestamistas de los

diferentes países, debido a los cambios dramáticos en el ambiente financiero internacional. Por lo general, estos países experimentaron fuertes caídas en los valores de bienes raíces después de periodos en los que estos precios habían aumentado rápidamente”. Saltan a la vista los precarios mimbres del nuevo paradigma. Parecía, sin embargo, haberse encontrado la piedra filosofal de la multiplicación de los panes y los peces con los revolucionarios productos creativos pergeñados por los magos de las finanzas, que propulsaban el crecimiento económico a través de las burbujas de activos infladas por las mangueras de crédito fácil de la banca global. La nueva infraestructura institucional del sistema financiero, basada en la sagrada independencia de la banca central –ejemplificada en la fundación del “guardián del euro” en el tratado de Maastricht de 1992- y en la liberalización completa del sector bancario y los mercados de capitales –simbolizada en la derogación de la ley Glass-Steagall, por el Congreso de EEUU, en 1999- despertaba alabanzas entusiásticas en los analistas financieros y teóricos de la ortodoxia neoclásica de las expectativas racionales y la autorregulación de los mercados. Todo era, empero, una fachada de cartón piedra que ocultaba unos cimientos cada vez más endeble y una creciente dificultad para mantener la maquinaria en funcionamiento óptimo. El estrepitoso derrumbe en ciernes iba a desvelar los pilares de barro del entramado neoliberal, construido sobre el mito del ‘país de propietarios’, tan caro a los paladines de la revolución conservadora, Reagan y Thatcher, basado en la hipertrofia del castillo de naipes levantado sobre los manguantes hilillos de liquidez de los flujos de crédito hipotecario que exprimían los magros salarios de los trabajadores en el mundo entero.

El cataclismo provocado por la crisis de 2008 desencadenó un nuevo salto cualitativo en la tendencia a exacerbar los mecanismos artificiales de la creación de deuda infinita por parte de la banca global para atenuar las alarmantes señales de agotamiento de la acumulación de capital. La respuesta al desplome de los mercados financieros mundiales por parte de la Reserva Federal, a través de la taumática [QE](#) (compras de bonos y demás activos tóxicos depreciados a la banca comercial tras el crack del casino global, a cambio de dinero fresco, graciosamente emitido del ‘puro aire’ por la criatura de Jekyll Island para insuflar nueva vida a las instituciones moribundas del sistema financiero mundial) representa el ejemplo paradigmático de la ilusoria pretensión de “arreglar” la maquinaria gripada a través de la inundación de capital ficticio, inflando colosales burbujas de activos y provocando brutales regresiones en la distribución de la renta. Con ello se realiza, en apariencia, el [sueño ilusorio](#) de la clase capitalista: que el capital se auto-reproduzca más allá del trabajo humano, de la riqueza material y de las manguantes bases energéticas del planeta. Se refuerza, de este modo, la mística del demiurgo omnisciente, capaz de usar los esotéricos mecanismos de creación de dinero ‘del puro aire’ para mantener la maquinaria económica capitalista en funcionamiento. Incluso las grandes corporaciones multinacionales recurren a las riadas de flujos financieros, propulsadas por los bancos centrales, para [recomprar](#) sus propias acciones, aumentando ficticiamente el valor para el accionista sin crear ni un átomo de riqueza real. Pero el absurdo surrealismo de tales aberraciones no puede perdurar. Su aparente omnipotencia acaba chocando con la cruda realidad de los límites objetivos de las relaciones de producción capitalistas y su manguante base de generación de riqueza real. Como resalta Alan Freeman, autor del magnífico [texto](#) ‘La totalidad de la tormenta’: “la recesión es un desmoronamiento

general de la reproducción de capital, una suspensión conjunta tanto de la producción como de la circulación. Si sólo ocurre una, esto conduce a respuestas como la Flexibilización Cuantitativa, la cual desplaza o pospone, pero no resuelve, el problema. Una recesión, por supuesto, no puede terminar salvo que el dinero sea puesto en la circulación, pero esto no es suficiente. La recesión es una enfermedad, el dinero inutilizado no camina a la producción, como Lázaro cuando se despierta, sino que se aleja a otro lado. La tasa de rendimiento debe incrementar lo suficiente para atraer a la producción al dinero reacio o el dinero debe ser dirigido hacia allá”. Esto pone de manifiesto la cuestión neurálgica que explica la impotencia de la esfera financiera para “arreglar” la economía real: *¿por qué* el dinero no puede ser ‘empujado’ fuera de la circulación? A pesar de las inundaciones de los circuitos de liquidez global provocadas por el ‘relajamiento’ monetario de la banca central, la ominosa inflación ni está ni se la espera. Se trata sólo, por tanto, a pesar de su carácter pretendidamente taumatúrgico, de un truco colosal del demiurgo monetario tratando de empujar al sistema más allá de sus límites objetivos: la extracción, menguante y crecientemente problemática, de plusvalor a través del ‘poder social sobre otros’ que representa el dinero-capital.

### **Epílogo: la metástasis del capital**

El punto clave es pues la insolubilidad de la crisis crónica del capitalismo neoliberal. Alejandro [Nadal](#), brillante analista y divulgador económico, resume el nudo gordiano: “El neoliberalismo es la respuesta a un gran fracaso de dimensiones históricas, a saber, la incapacidad del capital para mantener tasas de ganancia adecuadas”. La mutación producida, como respuesta a esa creciente atonía de la rentabilidad global del sistema, en el papel del sector financiero, orientándolo hacia la generación de burbujas y al progresivo abandono de la financiación productiva, simboliza la pérdida de dinamismo del dinero-capital que desemboca en la hipertrofia de la esfera del capital ficticio pugando por multiplicar la menguante plusvalía. No se trata pues, como sostienen los reformistas poskeynesianos, en su afán de aislar la causa del tumor en la esfera financiera, dejando el resto de órganos vitales inalterados, de atribuir a la inestabilidad financiera, provocada por los ‘espíritus animales’ de los tiburones de la banca y las finanzas, la causa real de las crisis en el capitalismo senil. Estamos ante algo mucho más profundo. El mecanismo “saludable” de la acumulación de capital, vigente durante la edad de oro del capitalismo de posguerra, se encasquilló. Como destaca Lapavistas, la hipertrofia del ‘milagro del interés compuesto’ y la inundación de deuda por todos los poros de la economía real refleja la atonía de la acumulación en las locomotoras de la globalización: “En conjunto, los cuatro países capitalistas líderes de la financiarización presentan una imagen de débil crecimiento de la productividad a pesar de la introducción de nuevas tecnologías, de la transformación de la fuerza de trabajo y de la reestructuración completa de sus economías”. La recuperación de los niveles de ganancia no pasó por una reestructuración productiva, a pesar de la creciente ola de automatización y las incesantes revoluciones tecnológicas, sino que ocurrió gracias al incremento desorbitado de la esfera financiera, para sostener mediante la deuda ‘a muerte’ la insuficiencia de la demanda de los menguantes salarios: es esta mutación de la ‘buena forma de hacer ganancias’ en la toxicidad de la hipertrofia crediticia y la proliferación de entelequias financieras en la era del rentista la que caracteriza la dichosa financiarización. El eximio economista marxista Michel [Husson](#) lo expresa palmariamente: “De este modo, la falta de oportunidades para sostener una

acumulación rentable, a pesar de la recuperación de los niveles de ganancia gracias a la ofensiva neoliberal sobre los trabajadores, movilizó una masa creciente de rentas financieras en busca de valorización: allí es dónde se encuentra la fuente del proceso de financiarización”. Andrés Piqueras describe brillantemente el carácter degenerativo de una economía sostenida por la alquimia de los *money makers*, en su huida hacia adelante de especulación y creación de riqueza ficticia: “Hoy vivimos en un capitalismo irreal, ficticio, moribundo, cuya economía aparenta que sigue funcionando porque vive asistida a través de la invención incesante de dinero de la nada, y de una deuda creciente que está devorando toda la riqueza social y natural. Es decir, el capital se desubstancia en *dinero*: es un proceso de involución a los orígenes del capitalismo, pues precisamente este sistema se llama así por haber convertido el dinero en *capital*”. Brillante fórmula. La desubstanciación del capital en dinero y la difuminación progresiva de su cometido original resultan pues esenciales para el sostenimiento de la maltrecha rentabilidad del capitalismo senil. Ello comporta una extraordinaria presión sobre la fuente de la que mana la riqueza social. La financiarización se basa pues, en última instancia, en una brutal sobrecarga sobre el dinero-capital, única fuente de valor: la base del metabolismo social, el valor generado en la producción, tiene que soportar una carga insostenible al estar sometido a una doble presión derivada de la explotación laboral y la expropiación financiera. Como enfatiza Freeman: “en última instancia el ingreso financiero sigue dependiendo de la producción; una hipoteca entra en impago cuando el valor real que paga por ella deja de producirse”. De hecho ese fue el estruendoso detonante, a pesar de la supuesta estabilidad rocosa del castillo de naipes levantado sobre la titulización de hipotecas, propalada a los cuatro vientos por los voceros del sistema, de la crisis de las subprime de 2008. Lapavitsas destaca la ambivalencia de la punción de riqueza social extraída por las finanzas: “La ganancia financiera contiene elementos de plusvalía pero es, por construcción, una categoría más amplia de ganancia que incluye también otras formas de incrementos monetarios. Estrictamente, en términos de su contenido analítico, esta ganancia puede dividirse entre, primero, el interés obtenido de los préstamos hechos entre los capitalistas y, segundo, el interés obtenido de los préstamos de los capitalistas a los trabajadores (o incluso a una «tercera» clase). El primero representa habitualmente una proporción de la plusvalía, aunque podría contener también aspectos de expropiación financiera. El segundo incluye una proporción de la renta personal y es un resultado característico de la expropiación financiera”. El interés “natural” percibido del crédito productivo difiere pues radicalmente del interés expropiador extraído del crédito personal-hipotecario. Pero ambos manan de la misma fuente: la riqueza producida por el trabajo humano. Existe, por tanto, una diferencia crucial entre los dos tipos de rentas. La relación empresario-banquero resulta potencialmente simbiótica, ya que la extracción del interés se compensa – teóricamente- con el aumento de la ganancia y la plusvalía que el crédito produce. Lo contrario de lo que ocurre en el crédito personal. A la ‘porción de plusvalía’, capaz de retornar el crédito y los intereses, bocado tradicional del financista al capitalista productivo a cambio del adelanto del capital, se une, en la financiarización basada en el crédito personal-hipotecario, una proporción creciente de expropiación financiera del salario puro. El precio para sostener la rentabilidad global del capital es pues la brutal sobrecarga de la extracción de riqueza de las rentas laborales, la exacerbación del poder sobre aquellos cuyo único acceso al dinero es su salario.



Actualmente, el 97% del dinero circulante es dinero-deuda productor de intereses creado por la banca privada. No sería pues demasiado aventurado afirmar que, solapándose con la distinción clásica entre explotadores y explotados, la sociedad se divide actualmente entre los rentistas, que reciben los flujos de pagos financieros, y aquellos cuya renta depende únicamente de su trabajo, que los sufragan con el sudor de su frente. Ni que decir tiene que esa fractura “rentista” es un extraordinario factor propulsor, hasta niveles escandalosos, de la aguda desigualdad de rentas y riqueza característica de la configuración social del capitalismo neoliberal. En el tercer volumen de *El capital*, Marx también argumentó que el crédito a los trabajadores representa una «explotación secundaria», que incluye los procesos de expropiación que se dan en la circulación. Fahd Boundi destaca la profunda imbricación entre los menguantes hilillos de plusvalía y el incremento de la máquina de succión de las rentas laborales: “En vista de esto, los bancos, al otorgar créditos a los capitalistas, dependerán de que estos últimos logren de la explotación de la fuerza de trabajo la suficiente masa o magnitud de plusvalor que consienta la devolución íntegra de los préstamos y el pago de los intereses correspondientes”. He aquí, una vez más, la íntima conexión entre la sobreexplotación laboral y el crédito a muerte, característica de la fase neoliberal. Como resalta –contra los reformistas ingenuos que quieren extirpar el ‘parásito’ financiero para regenerar la economía real, liberada de su cepo especulativo- Husson: “En este esquema, la finanza no es predatoria sino funcional”. Sin embargo, el intento de estirar los ciclos alcistas a través de la hipertrofia del capital ficticio no hace sino aplazar y acrecentar el inevitable desplome. El economista marxista Michael [Roberts](#) resalta el carácter de parche de la hipertrofia financiera: “Este enorme crecimiento de la deuda en sus diferentes formas es el sustrato de la burbuja especulativa y de las crisis financieras, incluida la próxima. Así que esta contratendencia puede compensar la tendencia general sólo temporalmente. El crecimiento de la tasa de ganancia debido a las ganancias ficticias alcanza su propio límite: las crisis financieras recurrentes, y las crisis se catalizan en los sectores productivos”. Así pues, la ‘nueva determinación’ del dinero como capital, surgida en los albores del nuevo modo de producción, se convierte, tras el proceso que culmina el desarrollo de todas sus potencialidades, en el propio límite objetivo de la reproducción del sistema de la mercancía. Esta configuración social, crecientemente parasitaria, que resulta de la estrecha imbricación entre la hipertrofiada fábrica de dinero-deuda, característica de la financiarización neoliberal, y las agudas dificultades de sostenimiento de la posibilidad de reproducción *ad eternum* del depredador capitalismo senil, es la expresión más palmaria de la condición degenerativa del modelo social vigente. En el paroxismo de las entelequias financieras y de los castillos de naipes de las colosales burbujas de activos, que muestran palmariamente el agudo marasmo y el caos social al que nos aboca la metástasis imparable del capital, se manifiesta la acuciante necesidad de acabar con ‘el poder social sobre otros’ que representa el dinero-capital como expresión última de la contradicción esencial en la sociedad de clases

22 DICIEMBRE, 2018

## Sobre el dinero (II)

## Curanderos monetarios: excéntricos y herejes

“Si nos vemos tentados de asegurar que el dinero es el tónico que incita la actividad del sistema económico, debemos recordar que el vino se puede caer entre la copa y la boca”

John Maynard Keynes

## Los excéntricos del dinero “seguro”

“Si tuviéramos un sistema de ‘dinero seguro’ no habría crisis financieras”. ¡Bum! Miguel Ángel [Fernández](#) Ordóñez, alias MAFO, nada menos que gobernador del Banco de España desde 2006 a 2012, precisamente los años *horribilis* de la crisis global, revela la piedra filosofal de la estabilidad financiera que evitaría los catastróficos, y cada vez más frecuentes, *cracks* de las finanzas mundiales.

El eximio personaje, ya jubilado y dedicado, en piadoso propósito de enmienda, a la loable tarea de “corregir los defectos del sistema que nos llevó a la catástrofe”, argüía, en un reciente [foro](#) de economía monetaria crítica, que la solución a la recurrencia de las crisis financieras sería, ni más ni menos que prohibir a los bancos privados captar depósitos del público y facilitar el acceso de los ciudadanos a cuentas en el banco central. Cual bálsamo de Fierabrás, la genial propuesta del arrepentido exbanquero lograría, como por ensalmo, la desaparición de los riesgos sistémicos generados por la inestabilidad financiera: “Y este cambio tiene unas ventajas muy importantes pues, mientras el dinero actual es frágil e inseguro, ya que depende del éxito o fracaso de las inversiones de los bancos, pasaríamos a tener un dinero totalmente seguro e independiente de los azares del mercado de préstamos porque el banco central no prestaría el dinero depositado en el mismo. Con ello desaparecerían las crisis bancarias con los costes monstruosos que hemos sufrido”. ¡Albricias! La revolucionaria propuesta de MAFO se inspira en la organización británica *Positive Money*, colectivo activista en lucha incansable en pos del dinero soberano. Su postulado central es realmente subversivo: separar el dinero del público de los créditos bancarios, impidiendo asimismo a la banca privada crear, a través de la concesión de préstamos, el dinero circulante ‘del mismo aire’, que actualmente representa el 97% del flujo de liquidez de la economía. Al tener los ciudadanos su dinero seguro en depósitos en el banco central, los bancos asumirían los riesgos de sus préstamos erróneos o especulativos, sin arrastrar en su quiebra los ahorros del desvalido público. A través de esta cirugía de caballo se evita el riesgo de colapso del sistema y los costosísimos rescates de la banca con dinero público. Quedarían así radicalmente separadas las dos esferas financieras: el dinero del público—a buen recaudo en el banco central- y el crédito bancario -actuando únicamente como intermediario entre ahorristas y prestatarios-. En esta Arcadia feliz del dinero soberano –de ahí su sobrenombre de ‘[excéntricos](#) del dinero libre de deudas’-, las hipotéticas crisis financieras y las quiebras bancarias acabarían con los malos gestores –como en cualquier otro sector económico en el edén de la libre competencia- evitando el “riesgo moral” de que la asunción de riesgos excesivos por parte del casino financiero sea propulsada por la seguridad del rescate del Estado en caso de derrumbe del castillo de naipes. El [manifiesto](#) fundacional del lobby del dinero ‘positivo’ enuncia su propuesta principal, parcialmente coincidente, dicho sea de paso, con la ortodoxia neoclásica de todos los manuales convencionales: “este

documento presenta una reforma del sistema bancario que quitar a los bancos la capacidad de crear dinero, en forma de depósitos bancarios, cuando conceden prestamos". ¿Y qué harían los mutilados bancos comerciales en este idílico cuadro de dinero seguro? Lo cierto es que sus, ahora todopoderosas, funciones quedarían bastante laminadas, reducidas a administrar pagos y a actuar como intermediarios financieros puros. Ni más ni menos que el fulcro que sostiene la menguante rentabilidad del capital en la fase neoliberal –la generación de actividad económica a través del dinero-deuda creado por la banca privada- suprimido de raíz. Los dos [pilares](#) en los que se sustenta el modo de producción y circulación del dinero moderno, la banca central independiente –*capo di tutti capi* del sistema financiero global- y la generación de colosales niveles de deuda bancaria hacia las burbujas de activos financieros e inmobiliarios, fulminados por decreto. Los castillos de naipes de derivados, titulizaciones y demás entelequias financieras que propulsan los flujos de liquidez que recorren los circuitos financieros mundiales de la denominada banca en la sombra, derribados de un plumazo. ¡Qué sencillo resulta refundar el capitalismo! Sólo hay que extirpar de raíz su tumoral apéndice financiero-especulativo y asunto resuelto. Más allá de su utopismo anacrónico y su barniz populista, tales ocurrencias se inspiran en teorías profundamente enraizadas en la ortodoxia monetaria. Aunque los excéntricos del dinero ‘libre de deuda’ se sitúen entre las fuerzas progresistas, lo cierto es que tienen notables coincidencias con teóricos del otro extremo del espectro ideológico. Como refiere Alejandro [Nadal](#): “Muchos de los análisis de los movimientos civiles sobre reforma monetaria carecen de solidez teórica. En algunos planteamientos sobre la inflación se acercan a las posturas del monetarismo más añejo. Ignoran, casi por completo, el papel de los bancos sombras y tampoco acaban de entender la relación que existe entre inversión y ahorro: con frecuencia afirman que la inversión sólo puede provenir del ahorro”. Afirman inspirarse en las ideas de David Ricardo, Irving Fischer e incluso el ultra monetarista Friedman, todos obsesionados con el peligro inflacionario y el control estricto de la oferta monetaria pública y del crédito bancario. Incluso los economistas del [FMI](#) exploran la revolucionaria medida de “prohibir a los bancos la creación de dinero”. La retrógrada ocurrencia implica asimismo un retroceso a la prehistoria monetaria. La ley [Peel](#), el acta bancaria inglesa de 1844, fue el canto del cisne del intento de detener la expansión de la deuda sin respaldo y la creación de dinero por parte de la banca privada, rasgos sustanciales de la progresiva apertura de compuertas a los crecientes flujos de dinero-deuda hacia la financiación del circuito financiero de producción en la historia reciente del capitalismo. Incluso Friedrich Hayek, el gran pope del libertarianismo thatcheriano, suscribiría la propuesta de los paladines de la regeneración financiera: “los bancos deben erigirse en la conciencia de la colectividad rehusando prestar crédito puro”.

Los excéntricos monetarios tienen, empero, buenas intenciones y protestan enérgicamente ante la acusación de convertirse en una suerte de ‘monetaristas de izquierdas’: “los monetaristas no parecen darse cuenta de que hay una diferencia entre el dinero fluyendo hacia el sector financiero e inmobiliario y el dinero fluyendo hacia la economía real. No tienen preocupación alguna acerca de ‘para qué se usa el dinero’”. Al contrario que los fanáticos del déficit y la inflación –o los reaccionarios austriacos, seguidores de Hayek y Von Mises y fervientes devotos del [patrón-oro](#)– ponen la herramienta de creación de dinero público, a cargo del dadivoso banco central, al servicio del empleo y la economía real, en lugar de rendir tributo a la

sagrada estabilidad de precios. Su irresistible propuesta estrella –[QE para la gente](#), facilitar la reactivación económica y la reducción de la colosal [deuda privada](#) inyectando directamente dinero del banco central en las cuentas de los ciudadanos-, que recuerda enormemente al [helicóptero](#) monetario friedmaniano, ha sido acogida favorablemente incluso por el guardián del euro, Mister Draghi. Las distancias que marcan con los guardianes de la ortodoxia no se sitúan pues tanto en el ámbito técnico como en el político: “Los monetaristas ven la inflación como la mayor amenaza para la economía y están dispuestos a tolerar un aumento del desempleo con tal de mantener la inflación bajo control. Por el contrario, las propuestas en pos de un sistema de dinero soberano ponen el acento en la manera en que la creación de dinero se puede usar para impulsar el empleo y el crecimiento”. En su manifiesto [fundacional](#) exponen las formidables ventajas de este armonioso edén financiero: estabilidad económica –al impedir la expansión irresponsable del crédito bancario-, financiación de la economía real -y no de los préstamos hipotecarios hacia las burbujas de activos-, control de la carestía de la vivienda, reducción de la desigualdad, fomento de inversiones medioambientales, etc. Sus proposiciones rezuman “realismo” por los cuatro costados, hasta el punto de llegar a prohibir a la banca hacer préstamos especulativos: “Una quinta posibilidad permitiría al banco central crear dinero con el propósito expreso de financiar préstamos para las empresas. Este dinero sería prestado a los bancos con el requisito que fuera usado para ‘propósitos productivos’. Préstamos para propósitos especulativos o con la intención de adquirir activos preexistentes, ya sean financieros o reales, no serían permitidos”. En el fondo se trata, faltaría más, de mejorar la democracia: “quitando a los bancos la capacidad para crear dinero y devolviéndosela al estado se restaura el control democrático sobre la creación de dinero”. Miel sobre hojuelas. Desaparecería pues la sagrada independencia del banco central, pilar fundamental de la expansión de la financiarización neoliberal a través del succulento negocio de la deuda pública en manos privadas, integrándose en el mecanismo de control democrático-gubernamental a cargo de los poderes públicos. Adiós a los [hedge funds](#), a la banca en la sombra apalancada hasta las trancas y a la nebulosa infinita de los mercados financieros, que multiplican, en el capitalismo financiarizado, por diez el valor de la producción real de bienes y servicios. [Martin Wolf](#), nada menos que comentarista jefe de economía del Financial Times, el oráculo de las finanzas globales, se subió al carro de los excéntricos con un artículo titulado “Quitemos a los bancos privados el poder de crear dinero”. Pues bien, hágase. Seguro que los gestores del capital financiero y de la banca global acogerán con alborozo la cura de caballo, que les exige únicamente un ligero sacrificio, en nombre de la prosperidad y el bienestar generales. Cabría pensar que este jardín del Edén del dinero democrático fuera recibido con los brazos abiertos por las autoridades competentes, afanándose por aplicar raudos la panacea para corregir sus contraproducentes y absurdas políticas. El “arrepentido” MAFO se [lamenta](#) amargamente de que no parece que así sea: Un exfuncionario de la Reserva Federal ha creado un banco que se llama [The Narrow Bank](#). Y lo que ha hecho es anunciar a sus clientes que todos los depósitos los coloca en la Reserva Federal y, por lo tanto, van a estar seguros. Y lo que ha pasado es que la Fed no le ha dejado operar. Es decir, que se ha prohibido ejercer a un banco totalmente seguro, sin duda porque desmontaría todo el sistema permitiendo que los ciudadanos depositaran su dinero en el banco central directamente o a través de

una entidad”. ¡Una verdadera lástima! Al ilustre exbanquero le extraña sobremanera que sus antiguos colegas de la Fed no estén encantados de aceptar una práctica que desmontaría todo el sistema de extracción de riqueza hacia los circuitos financieros, característico de la actual fase degenerativa del capitalismo neoliberal. Sin duda el leve contratiempo no desanimará a los campeones del dinero seguro que, iluminados por la certeza de la justicia de su causa, continuarán con su porfiada lucha, inaccesibles al desaliento. Pues, como irónicamente refiere el economista británico Dennis Robertson, “aquellos que han encontrado la luz sobre el dinero toman sus bolígrafos y escriben, con una convicción, persistencia y devoción que, de otra manera, sólo se encuentran entre los discípulos de una nueva religión”.

## Los herejes: el atractivo ‘rockero’ de la Teoría Monetaria Moderna

*“Hemos descubierto la manera en que el dinero funciona en la economía moderna”*  
Randall Wray

El semanario estadounidense ‘The Nation’ dedicaba, en mayo de 2017, un largo [artículo](#) al ‘atractivo rockero’ de la Teoría Monetaria Moderna ([TMM](#)). El texto no se molestaba en describir las tesis principales, pero aseguraba lapidariamente que “describe la forma en que funciona el dinero de un modo tal que un niño de ocho años lo capta antes que alguien con un doctorado, lo que es en sí inquietante”. La cosa promete. Si el dinero tiene un funcionamiento tan sencillo, nada parece más perentorio y factible que arreglar con urgencia el engranaje equivocado instalando la pieza milagrosa que eliminará los chirridos y las averías del ajado motor. Los ingredientes de la milagrosa pócima, una nueva concepción del dinero –de su origen y de su naturaleza actual- y de las claves monetarias para alcanzar el pleno empleo, culminando con su propuesta política estrella del trabajo garantizado. ¿Alguien podría resistirse a semejante panacea, que promete arreglar los males del capitalismo con un “ligero” retoque en la fábrica de dinero? La economista poskeynesiana, próxima a la TMM, Ann [Pettifor](#), autora del best seller “La producción de dinero”, defiende enfáticamente la realizabilidad de la iniciativa: “Sí, la sociedad puede lograr todo aquello que necesite. Sí, somos capaces de emplear suficiente dinero para educación, salud, desarrollo sostenible y el bienestar de nuestras comunidades. Sin embargo, tiene que cumplirse una condición: nuestro sistema monetario tiene que ser adecuadamente regulado y gestionado”. Una nimiedad, vamos. La buena nueva monetaria, en agudo contraste con los estrictos rigoristas del dinero seguro, es una teoría sexy que promete abundancia y retorno al bienestar social, enterrados bajo toneladas de absurdas y crueles políticas de austeridad. No se trata pues de un abstruso objeto de debate académico, encerrado en sólidos muros de estilo neogótico, sino de un arma de batalla política y de potentes campañas mediáticas; ya no es heterodoxia, sino *mainstream* alternativo. Las estrellas “rockeras” de la nueva internacional progresista global se rodean de asesores y prosélitos –Bernie Sanders, con Stephanie Kelton y Michael Hudson, Corbyn, apoyado por Varoufakis y Steve Keen o, en la humilde piel de toro, Izquierda Unida con los hermanos [Garzón](#)– que predicán el nuevo credo en las plataformas mediáticas y en las campañas electorales. Y ciertamente, razón, en apariencia, no les falta. Y rigor tampoco. Los partidarios de la TMM se distancian enérgicamente

de las extravagancias de los excéntricos del dinero soberano libre de deuda. Como sentencia Randall [Wray](#), quizás, junto con Bill Mitchell, la mayor referencia teórica del Nuevo Credo, el slogan de la secta del dinero seguro “provoca desconcierto y es un *non sequitur*”, ya que ignora los fundamentos de la economía monetaria de producción en la que el ‘dinero es siempre deuda’: “evitando hablar acerca de la deuda, por temor a perpetuar la ‘narrativa de la austeridad’, distorsionan la realidad y fracasan en ofrecer un análisis riguroso de su impacto en la sociedad”. Rebatendo la idea del dinero seguro como un corsé absurdo e irreal –una ‘bárbara reliquia’, como describía Keynes el patrón oro- que limitaría la financiación de la producción y de la actividad económica, Ann Pettifor, sentenció que la propuesta es “profundamente defectuosa”, “extravagante” y que conduciría a “una escasez de dinero, un alto desempleo y una baja actividad económica”. Los nuevos alquimistas del elixir monetario difieren, por tanto, radicalmente de sus retrógrados colegas en el papel neurálgico de la deuda pública como generador de actividad económica, fungiendo de eficaz contrapeso al motor propulsor de la sala de máquinas del capital: la creación de dinero endógeno por parte de la banca privada. La TMM ofrece una revolución fiscal para enchufar la manguera del gasto público a la economía real y asegurar el pleno empleo. Como si estuviera pensando en un niño de ocho años, Wray señala la [tecla](#) mágica: “Siempre pueden suministrarse unas finanzas suficientes para la plena utilización de todos los recursos disponibles a fin de apoyar el desarrollo de capital de la economía. Podemos servirnos del golpe de tecla para llegar al pleno empleo”.

Sin embargo, a pesar del aparente abismo teórico y político, los parecidos son más que notables entre las dos ramas principales de los ‘curanderos monetarios’. La TMM coincide con los apóstoles del dinero seguro en el diagnóstico de la responsabilidad de la banca privada y el sector financiero global en el desencadenamiento de la dinámica destructiva del capitalismo actual – la hipótesis de la fragilidad financiera del economista poskeynesiano Hyman Minsky- y comparte la condena de las políticas de austeridad y de encarnizamiento neoliberales. Como afirma Rob Macquarie, activista de [Positive Money](#), el campo de acuerdo entre ambas iniciativas es amplio y se basa en el rechazo enérgico al sistema vigente y en un objetivo compartido: “devolver el poder de crear dinero nuevo a un organismo responsable que trabaje por el interés público eliminando la dependencia del crecimiento impulsado por la deuda privada”.

Una de las indudables virtudes de la TMM, a diferencia de los retrógrados excéntricos del dinero soberano, es que proporciona una descripción ajustada del funcionamiento y la naturaleza del dinero en una economía monetaria de producción, opuesta a los mandamientos de la ortodoxia monetarista. Una teoría del origen del dinero, una descripción de su modo de producción –la teoría del dinero [endógeno](#), generado por la banca ‘del puro aire’, sin control alguno por parte del banco central- y una explicación del funcionamiento de un sistema monetario moderno de moneda *fiat* y del papel del déficit público en la generación de riqueza –el modelo de los balances sectoriales, que conecta el sector público con el privado, a modo de vasos comunicantes- conforman los pilares de la herejía monetaria contra la ortodoxia neoclásica. Todo ello enraizado en las arcanas fuentes del evangelio keynesiano. Irresistible, ¿no?

La escuela *cartalista* – seguida por Wray, Hudson y Graeber- describe el origen del dinero como ‘una criatura del estado’. Según el padre fundador de la escuela,

Friedrich [Knapp](#), es absurdo intentar comprender el dinero 'sin la idea de Estado': "el dinero no es un medio que surge del intercambio. Es más bien un medio de llevar la contabilidad y saldar deudas, de las que las más importantes son las de los impuestos". Resalta el carácter técnico, despojado de adherencias socio-políticas de la descripción. Ni rastro del poder social que representa el uso del dinero como [capital](#) en el circuito monetario de producción. Asepsia absoluta. El relato histórico del origen del dinero como creación estatal –unidad de cuenta para el pago de deudas e impuestos- y la teoría poskeynesiana del dinero endógeno confluyen en el axioma central de su construcción teórica: la inocuidad del endeudamiento público como panacea de la prosperidad y el pleno empleo.

"Toda nación dotada de una moneda soberana será capaz de alcanzar el pleno empleo". ¡Bum! Randall Wray, el pope de la herejía ofrece el bálsamo de Fierabrás para resolver los males del sistema. El uso pródigo del déficit y el gasto público financiará la creación de riqueza y el pleno empleo: "El gobierno, monetariamente soberano, es el monopolio proveedor de su moneda y puede emitir moneda de cualquier denominación en formas físicas o no físicas. Como tal, el gobierno tiene una capacidad ilimitada de pagar por las cosas que desea comprar y cumplir los pagos futuros prometidos y tiene una ilimitada capacidad para proveer fondos a otros sectores".

Como complemento al utópico papel benefactor del Estado providencia, se trataría de "reorientar la misión de las finanzas" (sic), desde la propulsión de las deletéreas burbujas de activos a la financiación de la economía real, el desarrollo sostenible y demás loables ámbitos del imaginario capitalismo bonancible y productivo. Uniendo ambos hechos, el dinero endógeno y el monopolio del estado sobre su moneda, se deduce que los déficits del estado no son tan malos –contradiendo la narrativa de las políticas de austeridad- como nos cuentan, siempre se pueden pagar imprimiendo moneda, y ello no tendrá ningún efecto adverso, todo lo contrario, al inyectar saldos en las cuentas del sector privado conseguimos que este ahorre (la dichosa identidad contable de los balances sectoriales). Bastaría pues con activar la maquinaria del gasto público gracias a la soberanía monetaria –un Estado no puede quebrar ni tiene que preocuparse de la deuda emitida en su propia moneda en caso de realizar inversiones sensatas en un contexto de infrautilización de los recursos y capacidades productivas- para lograr el pleno empleo, la redistribución de la riqueza y el sostenimiento del Estado del bienestar. Y la inflación ni está ni se la espera. ¿Estamos soñando despiertos o tales maravillas son realmente factibles?

Tan loables pretensiones plantean ligeros inconvenientes. ¿Cómo modificar sustancialmente el papel de la banca privada, fulcro neurálgico de la actual matriz de rentabilidad del capitalismo neoliberal, basada en la hipertrofia del préstamo personal-hipotecario? ¿Cómo podrían coordinarse los dos focos generadores de actividad económica, el Estado soberano y la banca comercial, cuyos intereses – interés público redistributivo y voraz beneficio privado- son objetivamente contrapuestos? ¿Cómo obligar, en fin, a la banca privada a portarse bien y a dedicar su financiación a inversiones productivas y no especulativas? Sobre estas nimias cuestiones, la TMM, más allá de loables declaraciones de buenas intenciones, guarda silencio. La cosa se complica teniendo en cuenta que precisamente esa necesidad imperiosa de la apertura de gigantescas compuertas de liquidez hacia la

nebulosa de los mercados financieros y las burbujas de activos –llevada al paroxismo en la surrealista política de [expansión](#) cuantitativa de la banca central independiente-, pugnando por mantener con respiración asistida el maltrecho engranaje, es la que proporciona la clave del ‘rol contemporáneo de la moneda’. El apóstol del nuevo credo, Esteban [Cruz](#), resume la piadosa apelación a ‘portarse bien’ que se remite a la banca privada: “Que los bancos privados cumplan su función esencial de financiar las necesidades del ciclo reproductivo de bienes y servicios, no es incompatible con que haya una reforma en el sistema bancario que les prohíba hacer cualquier otra actividad que diste mucho de poder relacionarse con alguna finalidad pública”. Sin duda, un dechado de realismo. Se ignora pues olímpicamente la profunda interrelación entre la producción de dinero-deuda a mansalva hacia las actividades rentistas y especulativas y el sostenimiento de la maltrecha rentabilidad del capitalismo neoliberal, promoviendo reformas de los engranajes financieros de la maquinaria, pero dejando intacto el corazón del motor de explotación y extracción de riqueza social.

Se trata pues de convertir al estado –considerado, “idealísticamente”, como una entidad neutral, que podría, con el timonel adecuado, ponerse al servicio del incremento del bienestar de la menesterosa ciudadanía- en el *deus ex machina* que contrapesa la función de todopoderoso creador de dinero endógeno por parte de la banca privada, dirigiéndola a la financiación de actividades productivas: “esto revela una paradoja en el corazón de nuestro sistema financiero: es el estado el que esencialmente determina qué es el dinero y su valor y sin embargo son los bancos comerciales los que lo crean. Decidiendo quién recibe crédito, los bancos comerciales determinan cómo se emplea en la economía; si en consumo, inversión en activos o en actividades productivas”. ¿Cómo revertir pues esta cruda realidad? Michael [Hudson](#), otra de las estrellas mediáticas de la causa contra el parasitismo rentista de las finanzas modernas, autor del *best seller* ‘Matar al huesped’, simboliza el profundo “idealismo” político que subyace al aséptico rigor teórico de los curanderos monetarios: “Y vemos que los bancos crean crédito, que los gobiernos podrían crear con la misma facilidad, con objetivos sociales y económicos más productivos. Creemos que los déficits presupuestarios son una forma de proporcionar a la economía dinero para impulsar el crecimiento y el empleo”.

La panacea de las nuevas fuerzas de izquierda para mitigar el embate de la precariedad y el desempleo crónicos -oponiéndose [ferozmente](#) de paso a la otra idea estrella de los curanderos monetarios, más afín a los excéntricos del dinero seguro: la Renta Básica Universal- culmina con la propuesta de trabajo [garantizado](#), como solución “mágica” del desempleo, a cargo de la ilimitada prodigalidad del Estado benefactor.

El economista marxista Rolando Astarita, en una reciente [polémica](#) mantenida con Eduardo Garzón –uno de los más aguerridos adalides patrios de la TMM-, resalta el carácter profundamente utópico, a pesar de su razonable y pragmático reformismo, de tales planteamientos: “Son los condimentos necesarios para sostener que basta con imprimir dinero para acabar con el desempleo (y de paso, ¿por qué no también para acabar con la pobreza, o con las desigualdades sociales?). En conclusión, de estar en lo cierto el enfoque de la TMM, se podría solucionar la desocupación en el capitalismo sin alterar de manera significativa las estructuras sociales. Para eso, bastaría con superar la “déficit-fobia”, creada artificialmente por el monetarismo y la ortodoxia neoclásica”. Astarita acusa a los “curanderos sociales” del keynesianismo



“[bastardo](#)” de ‘vender humo y hacer promesas falsas’: “Esta corriente ha reemplazado la ‘socialización de inversiones’ y la ‘eutanasia del rentista’, las utópicas pero radicales propuestas keynesianas, por ‘imprimir libremente todo el dinero que haga falta hasta llegar al pleno empleo’. La realidad es que los males del capitalismo –las crisis, la desocupación, la miseria y la indigencia- no se arreglan imprimiendo papelitos, o imaginando absurdas ingenierías bancarias”. El eximio economista marxista Anwar [Shaikh](#), que desarrolla una profunda teoría del dinero y la inflación en su texto ‘Capitalismo: competición, conflicto y crisis’, expone las razones que impiden que “un sabio y benevolente Estado pueda imprimir dinero para alcanzar el pleno empleo con inflación moderada”, el postulado central de la TMM: “En primer lugar, la TMM ignora los efectos de la tasa de beneficio en el crecimiento, el empleo y la inflación. En segundo lugar, omite completamente el conflicto de clase entre capital y trabajo. En tercer lugar, ignora la teoría marxista del ejército de reserva de trabajo, que, en el largo plazo, tiende a deprimir los salarios. Y, por último, omite que el estado, como empleador de último recurso, sería una amenaza para los negocios si pudiera contrarrestar la disciplina salarial”. Tan atinadas críticas desvelan el “idealismo” de la TMM, sustanciado en su incapacidad para incorporar el conflicto social en sus probetas financieras de laboratorio. Lo cual obliga a dar respuesta negativa a las preguntas neurálgicas acerca de la viabilidad y rigor de tales propuestas: ¿Reflejan de forma realista el engranaje profundo de la acumulación de capital y su historia reciente; dicho en otras palabras, permiten comprender la marcha del capitalismo y su lógica de fondo? Y, en fin, ¿resulta útil, para avanzar en la imperiosa necesidad de una transformación social radical, el diseño de propuestas reformistas de ingeniería financiera que promuevan el avance hacia un idealizado capitalismo bonancible y redistributivo?

Las teorías de las dos escuelas de curanderos monetarios, a pesar de sus diferencias –una pone el acento en agostar el poder desestabilizador de la banca privada, retornando a la prehistoria monetaria y la otra en utilizar al Estado-providencia como *Deus ex machina*, apoyando a la economía productiva y garantizando el pleno empleo- comparten, en resolución, un rasgo esencial: hacer abstracción de la lógica interna del funcionamiento del capitalismo, llegando por tanto a soluciones mágicas que ignoran las estructuras profundas de las relaciones sociales. El dinero como encarnación del poder social y del conflicto de clases deviene, en las recetas de los curanderos de la moneda, una herramienta técnica, cuyo modo de producción habría únicamente que arreglar para resolver el funcionamiento tóxico del motor de la acumulación de capital. Olvidando de paso que los agentes propulsores de la creación de dinero –destacadamente, la banca central y comercial- han ido precisamente desprendiéndose, a lo largo de la [evolución](#) reciente del capitalismo, de las ataduras y los corsés institucionales que constreñían la producción de dinero para facilitar su integración ‘más eficiente y productiva’ en la maquinaria de la acumulación de capital. Resulta por tanto de todo punto utópico –una suerte de intento de dar marcha atrás en la inexorable evolución del sistema- pretender desgajar la producción de dinero de su inserción en la dinámica degenerativa del capitalismo rentista y financiarizado. El analista Claudio [Katz](#) hace un magnífico resumen del profundo “idealismo” político y teórico que desprenden tales planteamientos: “Su argumento más común subraya que la autonomía de las finanzas es consecuencia de la declinación de la industria, y en ese sentido contraponen “dos modelos de capitalismo”, como si especular y producir

fueran actividades opcionales y no constitutivas de este sistema. La heterodoxia no puede conceptualizar adecuadamente este papel porque ignora que la dinámica del dinero está determinada por el curso de la producción y por el desenvolvimiento de los medios de circulación y pago, como equivalentes del valor creado en ese ámbito. Al reemplazar el análisis del dinero contemporáneo en función del curso del capitalismo por la búsqueda de sus secretos en alguna fuerza estatal o militar o en cierta autoridad mítico-simbólica, la heterodoxia recrea el antiguo fetichismo de la moneda. Lejos de constituir un escenario de confluencia equilibradora, el área monetaria es el epicentro de la crisis, porque concentra todas las tendencias dislocadoras de la acumulación”. Magnífica síntesis.

De este modo, como consecuencia lógica de su análisis deformado del capitalismo neoliberal, los reformistas monetarios ponen únicamente el acento en la “innecesaria” crueldad y absurdidad de las políticas de austeridad y en su patente irracionalidad. Uno de los más reputados economistas keynesianos, Joseph [Stiglitz](#), expresa la facilidad de alcanzar la Arcadia feliz del pleno empleo y la prosperidad que supura el ideario reformista: “La reflexión sobre la crisis de 2008 tiene muchas enseñanzas que ofrecernos, pero la más importante es que el problema era –y sigue siendo– político, no económico: no hay nada que necesariamente impida una gestión económica que asegure pleno empleo y prosperidad compartida”. ¿Seguro? Numerosos autores poskeynesianos han destacado este punto. Drèze y Durré indican que las medidas de austeridad únicamente “prolongan y profundizan la recesión”. Tales planteamientos ingenuos ignoran la profunda conexión entre las políticas austeritarias –y sus justificaciones pseucientíficas, la lucha contra la inflación y el déficit público- y el mantenimiento de la rentabilidad en la nueva matriz financiarizada del capitalismo senil. Su *leit motiv* consiste en decir: la austeridad genera recesión, desigualdad y deuda crecientes, por lo tanto es una política absurda. ¡Y tenemos las teclas mágicas para revertirla! El economista marxista Michel [Husson](#) describe las consecuencias del sesgo reformista y la superficialidad del análisis poskeynesiano, que achaca a las “desmadradas” finanzas los males del sistema: “El keynesianismo propone una explicación a la paradoja de la acumulación, es decir, a la desconexión entre una tasa de beneficio que aumenta y una tasa de acumulación que se estanca. Esta diferencia sería fruto de la sangría ejercida por una finanza predatoria. Reduciendo esta presión financiera, se podría liberar la acumulación, relanzar la actividad económica y el empleo. Algo parecido a la fórmula de Patrick Artus según la cual la salida de la crisis implicaría que el capitalismo acepta funcionar con una tasa de beneficio menos elevada y que la finanza privilegia las inversiones útiles. Lo que es al mismo tiempo cierto pero incompatible con el fundamento mismo del capitalismo. Esto es lo que no comprenden los analistas keynesianos que, fascinados por la finanza, desprecian los fundamentos estructurales de la crisis”. Difícil expresar mejor la futilidad de una política económica que se basa en el oxímoron de que el capitalismo rabiosamente financiarizado acepte funcionar a medio gas. Anwar [Shaikh](#) abunda en la ingenuidad de los lamentos nostálgicos por un capitalismo bonancible: “los keynesianos siempre dicen, no entienden cómo no se dan cuenta los partidarios de la austeridad de que están creando miseria y sufrimiento”. La incompreensión de la función esencial del sector financiero en el capitalismo financiarizado, en crisis crónica desde los años setenta, y del decisivo papel de las finanzas en el sostenimiento de la rentabilidad del capital alimentan una actitud pueril basada en la posibilidad de reparar la

maquinaria averiada sin alterar la sala de máquinas y el motor que alimenta las calderas de la acumulación.

¿Pero es realmente tan absurdo, como afirman los bienintencionados keynesianos, el dogma monetarista, que justifica el austericidio, como expresión teórica de la política del capital en la fase neoliberal? ¿No están ignorando los curanderos monetarios el trasfondo de profundo agotamiento del capitalismo en la fase neoliberal, que explica el encarnizamiento característico de las políticas de austeridad? Y, por último, ¿no proporciona una –involuntaria- coartada al *statu quo* ofrecer recetas que, arreglando las piezas averiadas, mantendrían incólume el *core* de la sala de máquinas del sistema, ocultando de paso el rol que representa el dinero moderno como encarnación del poder social?

Para constatar la inadecuación de tales utopismos a la solución de los males del capitalismo es necesario comprender la racionalidad instrumental que anida en las entrañas de la bestia neoliberal.

### **El desempleo “natural”: la racionalidad del austericidio**

*“Si el Occidente está enfermo, si los ríos se convierten en cloacas y las ciudades llegan a ser inhabitables, si la pobreza y la miseria persisten, a pesar de la elevación general del producto nacional y de los esfuerzos políticos en la redistribución...todo ello no se debe a que nuestra sociedad sea capitalista. A la inversa, se debe a que nunca ha sido realmente capitalista, puesto que lo que se reprocha al capitalismo no proviene de su naturaleza, de sus supuestas leyes, sino del hecho de que el Estado, traspasando sus límites naturales de acción, impide el funcionamiento eficaz de los mecanismos de saneamiento ligados al juego de la competencia”*

Henri Lepage

“Una maldición terrible, un conjuro de espíritus malvados”. El economista poskeynesiano Nicholas [Kaldor](#) –autor del texto, “El azote del monetarismo”, una crítica demoledora de los postulados [friedmanianos](#)– describe en estos apocalípticos términos la irrupción del monetarismo a lo largo de los años 70. El conjuro, practicado por una mezcolanza de fanáticos anticomunistas y apóstoles de la libertad individual contra la intervención del Estado –“El camino a la servidumbre”, del gurú Hayek, es la biblia de los neocon- surgió en las dulces praderas de los Alpes suizos y los departamentos universitarios del guardián del mundo libre. La sociedad Mont [Pelerin](#) –cenáculo del libertarianismo desregulador contra el Estado-Leviatán- de Von Mises y Hayek y la Escuela de [Chicago](#) – cuna del monetarismo friedmaniano, base de la terapia del [shock](#) neoliberal- confluyeron en los años 70 para aprovechar la oportunidad que les brindaba la crisis del *welfare state* y el fracaso de las políticas económicas keynesianas en la lucha contra la estanflación –desempleo e inflación elevados-. Los Chicago Boys –hegemónicos en la profesión y en los departamentos ministeriales de las principales potencias mundiales a partir de la revolución conservadora liderada por Reagan y Thatcher- prescribirán los tratamientos de choque austeritarios como receta infalible para, después de un periodo de sufrimiento en la aplicación del torniquete antiinflacionario, restablecer la prosperidad y el crecimiento. ¿Pero eran estos objetivos declarados por los apóstoles de la cruzada neoliberal los verdaderos motivos del encarnizamiento monetarista?

Para uno de los más ilustres economistas poskeynesianos, Paul Davidson, la estanflación mundial – Robert [Lucas](#), el fanático neoliberal y cachorro de Friedman, la denominará “la discriminación experimental más clara que jamás verá la macroeconomía”- llevó al “colapso de la dominación de la teoría económica keynesiana” y a la emergencia arrolladora del nuevo paradigma de política monetaria. [Friedman](#) expone el fundamento del ataque a las políticas keynesianas, que ponen el acento en la creación de empleo mediante el gasto público a costa de aceptar cierto nivel de inflación: “Una falsa dicotomía nos ha orientado: inflación o paro. Esta opción es falsa. La alternativa real consiste sólo en si nos enfrentamos a un desempleo más elevado como consecuencia de unos precios más altos o debido a un efecto temporal secundario para eliminar la inflación”. Esa incapacidad de la política económica para reducir el desempleo, más allá de cierto umbral, sin generar una inflación galopante, dio origen al concepto de la tasa “natural” de desempleo. El nuevo credo monetarista postuló que, a largo plazo, existe una “tasa de desempleo natural” y que todo intento por disminuirla con un incremento del gasto público, que él asimiló a una creación monetaria, sólo se traduciría en un incremento de los precios. José [Briceño](#) resume la génesis del nuevo paradigma: “La hipótesis de la NAIRU –tasa de desempleo no aceleradora de inflación- surgió a raíz del debate keynesiano-monetarista respecto a la curva de Phillips, que postulaba una relación inversa entre la inflación de salarios o de precios y la tasa de desempleo que implicaba aceptar una inflación moderada como mal menor de la lucha contra el desempleo. La estanflación de los años 70 mostró que tal trasvase era falso: altas tasas de desempleo e inflación coexistían de forma inexplicable”. De ahí se pasó a modelizar la NAIRU de cada país. Un país con mercados poco flexibles – como el español- tendría una NAIRU superior a un país con mercados flexibles y escasa intervención estatal en ellos. Cualquier intento de bajar la tasa de paro real por debajo de la NAIRU ineludiblemente llevaría a una subida de la tasa de inflación. Para hacernos una idea de la brutalidad subyacente al aséptico parámetro pensemos que, según rigurosos estudios de sesudos departamentos universitarios, que dedican ingentes recursos y toneladas de horas de investigación y de análisis de *big data* a tan loable tarea, “el [desempleo estructural](#) de la economía española, el que no tiene en cuenta factores cíclicos, se sitúa entre el 18% y el 19%”. Increíble pero cierto.

El economista Bellod [Redondo](#), en un espléndido artículo titulado ‘La NAIRU y la pseudociencia neoliberal’, explica las razones de fondo ocultas tras el encarnizamiento terapéutico del talón de hierro monetarista: “La NAIRU justifica la deconstrucción del Estado de Bienestar y de los mecanismos de protección social de los trabajadores (salario mínimo, negociación colectiva, prestaciones por desempleo, protección frente a la enfermedad o la vejez), debilitando su capacidad negociadora frente al capital”. No es arriesgado pues afirmar que la teoría y las políticas monetaristas interpretan mejor, en momentos de estanflación, las necesidades de la burguesía internacional que el keynesianismo, al sugerir remedios radicalmente reaccionarios para afrontar el malestar burgués: inducir abiertamente al desempleo para ‘darles una lección a los sindicatos’. Las cosas están pues bastante claras. El economista estadounidense Michael Hudson explica el principio “psicológico” del encarnizamiento terapéutico: “yo te alimentaría, pero entonces acabarías siendo dependiente de la comida”.

La NAIRU y sus posteriores refinamientos juegan un papel central en la política económica actual: tanto instituciones multilaterales (FMI, OCDE, Unión Europea, etc.) como gobiernos nacionales la emplean de forma prolija en el análisis, justificación y diseño de políticas macro y microeconómicas.

Si los políticos han de desentenderse de la lucha contra el desempleo, el campo queda libre para los tecnócratas de la banca central y sus objetivos prioritarios de 'metas de inflación'. Luego, la fuerza del mercado libre, la fuerza del desempleo desembridado, será el árbitro de la relación salario–ganancia. William [Vickrey](#), autor del excelente texto 'Quince falacias funestas del fundamentalismo financiero' pone el dedo en la llaga: "Una interpretación marxista de la insistencia en la NAIRU diría que se trata de vendarnos los ojos y suscitar el temor a la inflación para justificar el mantenimiento del 'ejército de reserva', arguyendo que se intenta evitar que los salarios inicien una espiral' salarios-precios'. Curiosamente, nunca se oye hablar de una 'espiral renta-precios' ni de una 'espiral intereses-precios', aunque esos costos también se deben tener en cuenta al fijar los precios". Así pues, el anatema de la inflación de precios de bienes de consumo se complementa con la bendición de las burbujas de activos y el rentismo financiero, característicos del capitalismo senil, por parte de los *policy makers* del capital financiero global.

[Husson](#) resalta de nuevo el punto central: "Toda política orientada a recuperar el pleno empleo sería ilusoria, ya que la baja de la tasa de paro desencadenaría un aumento de la inflación que, finalmente, conduciría la tasa del paro a su valor 'de equilibrio'".

La supuesta absurdidad de las políticas de austeridad adquiere una luz muy diferente pues cuando se incluye en el cuadro al 'elefante en la habitación', ignorado por la ortodoxia monetarista y por sus furibundos enemigos, los curanderos monetarios: la tasa de ganancia del capital. El análisis que plantea Husson acerca de la función neurálgica del desempleo –el ejército de reserva marxista- como regulador de la relación capital-trabajo, merece ser citado en extenso: "Ahí está la clave de una explicación de la estanflación en Estados Unidos diferente al recurso a las anticipaciones y otros delirios monetaristas. Es claro que la caída de la tasa de beneficio a partir de 1967, hasta inicios de los años 1980, se acompaña de una aceleración de la inflación. El choque de las políticas neoliberales desencadena, de forma simultánea, el ascenso de la tasa de beneficio y la vuelta de la tasa de inflación al nivel de los años 1960. El verdadero arbitraje es pues entre inflación y el beneficio, y la tasa de paro es el útil que permite ajustar ese arbitraje. El esquema es pues el siguiente: si el desempleo baja demasiado, la relación de fuerzas entre capital y trabajo se modifica a favor de los asalariados. El aumento de los salarios muerde sobre el beneficio y las empresas responden aumentando sus precios. La tasa de paro que no acelera la inflación podría ser bautizada también, y ello sería más claro, como "tasa de paro que no hace bajar la tasa de beneficio".

Las acervas políticas de austeridad se revelan pues, no como un error garrafal, causante de sufrimiento absurdo e innecesario, sino como el "torniquete" ideal utilizado por el poder global del capital para tratar de restablecer la tasa de beneficio -en [declive](#) claro desde el final de los 'treinta gloriosos'-. La depresión subsiguiente es un efecto secundario, como recalca Husson, irrelevante para el objetivo principal: "Pero es la última correlación la que permite comprender la lógica de fondo. Los países que han sufrido la austeridad presupuestaria (y salarial) más fuerte son

también países en los que los beneficios se han restablecido de forma neta: los países de la periferia (Grecia, España, Portugal e Irlanda) han recuperado la tasa marginal de beneficio a pesar del hundimiento de su economía y de la explosión del paro”. El misterio que genera la ausencia de inflación ante la masiva inyección de liquidez en los circuitos financieros realizada por la banca central a través de la ‘expansión cuantitativa’ se disipa contemplando el brutal aumento de la desigualdad y de la tasa de beneficio del capital que la QE ha provocado. La inflación y el paro, en consecuencia, lejos de responder únicamente a aspectos técnicos –como creen los curanderos monetarios-, son, en esencia, un reflejo del insoluble conflicto distributivo por la riqueza social en la sociedad de la mercancía.

### **Epílogo: desde el ‘bajo mundo’ de la economía**

*“Hoy vivimos en un capitalismo irreal, ficticio, moribundo, cuya economía aparenta que sigue funcionando porque vive asistida a través de la invención incesante de dinero de la nada, y de una deuda creciente que está devorando toda la riqueza social y natural”*

Andrés Piqueras

A la luz de este proceso implacable y degenerativo de sobreexplotación y desigualdad, característico del capitalismo neoliberal, adquieren un cariz aún más utópico e irreal las propuestas de ‘garantizar el pleno empleo’ o de utilizar el estado como empleador de último recurso de los curanderos monetarios. El economista marxista Fred Moseley resalta, una vez más, la limitación esencial de los utopismos keynesianos del estado benefactor en el contexto de la crisis crónica del capitalismo senil: “Muchos gobiernos en los años 70 respondieron a la mayor desocupación adoptando políticas expansionistas de tipo keynesianas: más gasto estatal, bajos impuestos y bajas tasas de interés. Sin embargo, estas políticas resultaron en un aumento de la tasa de inflación. Las empresas capitalistas no incrementaron el gasto y el empleo, sino que respondieron a la estimulación estatal de la demanda aumentando los precios a mayor velocidad, con el fin de restaurar su tasa de beneficio”. Katz describe el ‘apagón’ de la sala de máquinas, accionado por los excéntricos del dinero, en aras de una descripción funcionalista y tecnocrática del hecho monetario como herramienta pretendidamente aséptica y neutral: “La heterodoxia remarca que el dinero es una “una relación social”, pero interpreta esta definición como un lazo entre individuos dentro de cierto marco institucional. Esta definición es una simplificación, porque desconoce que el manejo del dinero pertenece a los capitalistas y no al conjunto de la sociedad. Se limita a subrayar lo obvio (que la moneda es un instrumento de la reproducción económica de la sociedad) eludiendo lo esencial (que la moneda consagra la explotación de los asalariados). Esta omisión le impide a la heterodoxia desentrañar los misterios de la moneda y dilucidar los enigmas de la “financiarización”.

Según Fred Moseley, Keynes, venerable patriarca de la heterodoxia reformista, se refirió al circuito de valorización del capital-dinero de Marx como una observación valiosa y concordó con Marx en que, evidentemente, el objetivo de los empresarios no es más producto físico y valores de uso, sino más dinero y que la teoría de una

economía empresarial debe estar en términos de variables monetarias, no de variables reales. Sin embargo, Keynes, prosigue [Moseley](#), “parece no haberse percatado que el circuito del capital (D – M – D’) no es sólo una observación valiosa, sino que es el marco lógico global para toda la teoría de Marx. Desafortunadamente, la teoría de Keynes –quien, pese al elogio anterior, incluía a Marx en ‘las regiones del bajo mundo de la economía’- no provee una explicación del crucial  $\Delta D$  – incremento de dinero-, sino que toma  $\Delta D$  como un costo inicial dado; esto es, ¡ $\Delta D$  es tratado como parte de D!, como en la economía neoclásica en general”. Quizás esa ligera omisión del ‘elefante en la habitación’ –la extracción de plusvalor de la fuerza de trabajo-de todo el sistema social, llevó al padre de la macroeconomía contemporánea –quien declaró, en un arrebatado de sinceridad, “la lucha de clases siempre me encontrará al lado de la burguesía educada”- a permitirse cometer ensoñadores deslices. El gran descubridor del principio de la demanda efectiva también tenía pues veleidades de curandero monetario. En las consideraciones finales de su *opus magnum* expresa su admiración –calificándole nada menos que de fundador de un socialismo antimarxista y afirmando, con gran don profético, que el porvenir tendría mucho más que aprender de él que de Marx- por Silvio [Gesell](#), heterodoxo economista alemán, creador de la idea del ‘dinero sellado’, como solución mágica a las crisis de demanda efectiva debidas al inicuo atesoramiento – la preferencia por la [liquidez](#), clave de bóveda del sistema keynesiano-. Los actuales epígonos poskeynesianos no parecen haber avanzado mucho más allá que su maestro en la comprensión de esa ‘observación valiosa’, pilar fundamental de la formidable construcción teórica del poblador más conocido del ‘bajo mundo de la economía’. Quizás esa carencia les ha impedido comprender que el modo de producción del dinero moderno -el llamado milagro del interés compuesto- no es ninguna aséptica herramienta, que pueda desmontarse a discreción para ponerla al servicio de la colectividad, sino un instrumento de poder social y de captura de riquezas en manos de los poseedores de los medios de producción.

Y, como concluye la analista Paula [Bach](#), esa ceguera absoluta hacia el núcleo explotador del capitalismo les invalida para ofrecer medidas eficaces y realistas que pugnen por detener la marcha degenerativa de un modo de organización social que está ‘devorando toda la riqueza social y natural’: “Esta conclusión es importante para los trabajadores porque muestra que el capitalismo está estancado en una situación crítica a largo plazo y que intentará recomponerse a través de ataques cada vez más agresivos a las condiciones de vida de los trabajadores Es una conclusión pues importante porque habla de la imposibilidad de un período ‘reformista”.